

LA CHICA QUE MURIO TRES VECES

louis g. milk

La víctima se hallaba sentada en un sillón, de espaldas a la puerta. Era una muchacha rubia, muy bonita y de formas agraciadas, y observaba una actitud apacible, como si estuviese esperando a alguien, sin demasiadas prisas o escuchando con deleite algún concierto por la radio.

El sillón estaba situado casi en el centro de la estancia, aunque lo suficientemente cerca de un ventanal, para que la muchacha pudiera ser vista desde los pisos del edificio de enfrente, separados por una distancia de unos veinticinco o treinta metros. Acababa de anochecer y la luz estaba encendida, por lo que podía verse con toda facilidad lo que sucedía en la estancia.

La puerta se abrió sigilosamente. Un hombre entró. Tenía los hombros encorvados, cojeaba de una manera pronunciada y se apoyaba en un bastón para caminar. Pese a todo, el detalle más significativo de su aspecto era el mostacho y la perilla estilo mosquetero, de pronunciado color negro, que adornaban su rostro.



Clark Carrados

La chica que murió tres veces

Bolsilibros - Servicio Secreto - 748

ePub r1.0
LDS 05.11.17

Título original: *La chica que murió tres veces*
Clark Carrados, 1964
Cubierta: Jaime Provensal
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2





LOUIS G. MILK

LA CHICA QUE MURIO TRES VECES

SERVICIO SECRETO n.º 748
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA

CAPÍTULO PRIMERO

La víctima se hallaba sentada en un sillón, de espaldas a la puerta. Era una muchacha rubia, muy bonita y de formas agraciadas, y observaba una actitud apacible, como si estuviese esperando a alguien, sin demasiadas prisas o escuchando con deleite algún concierto por la radio.

El sillón estaba situado casi en el centro de la estancia, aunque lo suficientemente cerca de un ventanal, para que la muchacha pudiera ser vista desde los pisos del edificio de enfrente, separados por una distancia de unos veinticinco o treinta metros. Acababa de anochecer y la luz estaba encendida, por lo que podía verse con toda facilidad lo que sucedía en la estancia.

La puerta se abrió sigilosamente. Un hombre entró. Tenía los hombros encorvados, cojeaba de una manera pronunciada y se apoyaba en un bastón para caminar. Pese a todo, el detalle más significativo de su aspecto era el mostacho y la perilla estilo mosquetero, de pronunciado color negro, que adornaban su rostro.

El individuo dio la vuelta al sillón. La muchacha, Susan Calloway, levantó la cabeza.

Discutieron, no muy amigablemente, al parecer. De pronto, el hombre del bigote y la perilla tiró del puño del bastón y sacó a relucir un corto estoque, de unos cincuenta centímetros de longitud. Lanzándose a fondo atravesó el pecho de Susan Calloway.

La muchacha se llevó ambas manos a la herida. Se tambaleó unos instantes, mientras su rostro expresaba un inenarrable sufrimiento, y luego se derrumbó sobre el suelo.

El asesino, fríamente, envainó el estoque y cojeando, se dirigió apresuradamente hacia la salida. Apagó la luz, abrió la puerta y escapó.

La señora Nellie Strong presenció la escena desde su ventana, situada frente a la habitación donde acababa de cometerse el crimen, aunque un piso más alta, en la casa de enfrente. Su primera intención fue correr hacia el teléfono para avisar a la policía, pero de pronto, recordó un detalle.

Meneando la cabeza, se dirigió hacia la cocina, a fin de preparar la cena para su esposo, que ya no podía tardar mucho. Emitió una sonrisa comprensiva. «¡Estos artistas!», murmuró a media voz.

* * *

Apenas se apagó la luz, Susan Calloway se levantó del suelo y caminó hasta el interruptor, situado junto a la puerta. Encendió de nuevo, tomó un periódico del revistero que había en aquel mismo sitio, y regresó al sillón.

Cinco minutos después, alguien tocó con los nudillos en la puerta. Susan, sin levantar la cabeza de las páginas de la revista, dio permiso.

Un hombre franqueó la entrada. Era alto, fuerte y todavía robusto, pese a que tenía los cabellos casi completamente blancos. Situándose frente a la muchacha, empezó a hablar con ella.

El señor Achilles Mac Tubbs también vivía enfrente de aquella ventana, en la casa situada al otro lado de la calle. Su piso estaba al nivel de la habitación donde se producía la escena, por lo que pudo contemplar todo sin perderse ningún detalle.

El hombre de los cabellos blancos habló apasionadamente con Susan Calloway. La muchacha le contestó en tono despectivo.

El hombre insistió. Ella se puso en pie y le indicó la puerta con un ademán harto significativo, a la vez que profería una serie de palabras que, a causa de la distancia, Achilles Mac Tubbs no pudo oír.

Pero se figuró fácilmente lo que ocurría. La chica era joven y linda. El hombre le doblaba la edad, cuando menos. Diciéndolo crudamente, resultaba demasiado viejo para ella.

Las frases de Susan Calloway hicieron perder los estribos al sujeto. De pronto, se arrojó al cuello de la muchacha y la aferró con ambas manos, apretando con todas sus fuerzas. Susan Calloway se debatió, aunque estérilmente. A poco, la presión de las manos del

sujeto hizo sus efectos y el cuerpo de la muchacha adquirió la definitiva flaccidez de la muerte.

Cuando Susan Calloway cayó al suelo, el asesino pareció espantarse de su propia obra. Retrocedió un paso o dos, contemplando con gesto horrorizado el cuerpo yacente en el suelo. Era fácil ver que se daba cuenta de la enormidad de su acción.

De pronto, echó a correr. Sin embargo, apagó la luz antes de salir y el cuadrado luminoso que era la ventana, desapareció en el acto.

Achilles Mac Tubbs meneó la cabeza, satisfecho. Realmente, había sido una escena de sorprendente verismo. De no haber sabido lo que ocurría, hubiese llamado a la policía inmediatamente para denunciar el supuesto crimen.

* * *

Por segunda vez, Susan Calloway volvió a levantarse. Encendió la luz y dirigiéndose a un aparador cercano, se preparó un *high-ball* casi lleno. Abrió una caja de cigarrillos, tomó uno, se lo puso entre los labios y lo encendió con un mechero, exhalando el humo placenteramente. Sorbió un poco del contenido del *high-ball* y luego, chupó de nuevo el cigarrillo, distendiendo al hacerlo las generosas curvas de su cuerpo.

Casi inmediatamente se abrió la puerta y otro hombre penetró en la estancia. Era un muchacho de, aproximadamente, la misma edad que Susan, todo lo más uno o, dos años mayor que ella. Tenía los cabellos revueltos y su rostro expresaba cólera y rabia.

Habló irritadamente con Susan. Ella se le rió en su propia cara y luego, levantando ambos brazos a la vez, sin soltar el vaso ni el pitillo, empezó a dar unas vueltas de vals por la habitación. El muchacho le gritó algo, pero Susan no le hizo el menor caso.

El muchacho perdió los estribos. Agarró a Susan por un brazo y detuvo en seco su alocada danza. Entonces, ella, también irritada, le arrojó a la cara el contenido del vaso.

El muchacho retrocedió, medio cegado por el líquido. Sacó un pañuelo y se limpió los ojos, mientras que Susan le apostrofaba

coléricamente, a la vez que le indicaba la puerta con un ademán.

El ademán de Susan hizo enloquecer al muchacho. Éste vestía una cazadora de cuero negro, de uno de cuyos bolsillos, sin previo aviso, sacó un revólver de pequeño tamaño.

Al ver el arma, Susan Calloway se espantó. Gritó algo y, repentinamente, dio media vuelta y pretendió escapar.

El muchacho disparó contra su espalda. Susan se estremeció horriblemente al ser alcanzada por el proyectil. Tropezó, vaciló, pero consiguió rehacerse. Hubiese alcanzado la puerta, de no haber sido porque el muchacho disparó de nuevo contra ella. Ahora, Susan se desplomó de bruces, sin un solo movimiento más.

Durante unos segundos, el muchacho estuvo contemplando el inerte cuerpo de Susan Calloway. De pronto, reaccionando, echó a correr y huyó de la habitación. Antes de salir, tuvo la serenidad suficiente para apagar la luz.

Amos Leach también vivía en la casa de enfrente.

Era un sujeto pacífico, tranquilo, tendente a la obesidad, y la escena le divirtió muchísimo.

—Parece como si lo hubiesen hecho de veras —comentó a media voz. Se arrellanó en su sillón y continuó leyendo el periódico. El relato del último partido de béisbol era realmente fascinador.

CAPÍTULO II

Pearl Brisson contempló la escena desde su ventana, estremecida de horror. Vio cómo el muchacho abatía a Susan Calloway y se sintió enferma durante unos segundos.

Pero reaccionó casi en el acto. Corrió hacia el teléfono y disco un número.

—¿Central? ¡Por favor, póngame con la Jefatura de Policía! ¡Es muy urgente, señorita! ¡Se trata de un asesinato!

—No cuelgue —la recomendaron—. En seguida le damos la comunicación que nos solicita.

Los segundos que transcurrieron hasta que oyó una voz masculina, le parecieron infernalmente agónicos. A cada segundo arrojaba una mirada hacia la ventana, que continuaba a oscuras. Cuando la comunicación quedó establecida al fin, estuvo a punto de lanzar un grito de alegría.

—¡Jefatura de Policía! —dijo alguien, al otro lado de la línea.

—Escuche, quiero denunciar un asesinato. Acabo de presenciarlo; un hombre joven ha dado muerte a una muchacha a tiros de revólver…

—¡No se excite, por favor, señora! —dijo el sargento de guardia en la Jefatura—. ¿Está segura de que se trata de un crimen?

—Positivamente —insistió Pearl—. Yo misma vi al asesino disparar contra su víctima con un revólver. Vi los fogonazos del arma, aunque no escuché el ruido; tal vez la ventana tenga vidrios dobles y…

—Está bien, señora…

—Señorita Brisson —rectificó ella—. Pearl Brisson.

—Muy bien, señorita Brisson. Ahora, díganos usted dónde se ha cometido ese crimen.

—Verá usted. Sólo sé que es en la calle Florida. Acabo de llegar a la ciudad y no la conozco muy bien. Pero si vienen a mi casa, les indicaré dónde ha sucedido el hecho. Vivo en el número seiscientos noventa y uno, tercera planta, letra D.

—Conforme, señorita Brisson. No se mueva de ahí. Ahora mismo envío un patrullero con dos agentes para investigar.

—Gracias —contestó la muchacha. Y colgó el teléfono.

Se acercó a la ventana, contemplando temerosamente el negro hueco de la casa de enfrente. Pensar que había allí una muchacha de su misma edad, muerta a tiros, la ponía enferma.

Se retiró de la ventana y se dirigió a la minúscula cocinilla del departamento que *había* alquilado. Tenía una cafetera puesta al fuego y llenó una taza. Estaba a la mitad, cuando oyó el ulular de vina sirena policíaca.

Apuró el café precipitadamente y corrió hacia la puerta. Esperó unos minutos.

La puerta del ascensor se deslizó a un lado. Sonaron unos pasos pesados en el corredor. Pearl abrió la puerta de su piso.

—Vengan aquí —dijo apresuradamente a los dos policías de uniforme que se dirigían hacia el apartamiento—. Les enseñaré dónde se ha cometido el crimen.

—¿Es usted la señorita Pearl Brisson? —preguntó uno de los patrulleros.

—Sí, la misma. Yo soy la que ha denunciado el crimen —contestó la muchacha.

—Muy bien —dijo el jefe de la pareja—. Enséñenos la casa, por favor.

Pearl les hizo entrar en su apartamiento y luego les condujo hasta la ventana. Tendió la mano y dijo:

—Allí ha sido, en esa ventana apagada, situada en el tercer piso. Es la segunda, contando desde la esquina.

—¿Vio usted al asesino disparar su revólver?

—Perfectamente —afirmó Pearl.

—Muy bien, Jim —dijo el agente a su compañero—. Vamos a investigar. Señorita Brisson, quédese aquí y no se mueva; podemos necesitarla en cualquier memento, sobre todo, para identificar al asesino, si es que se ha fijado en él.

—¡Oh, ya lo creo! —respondió la muchacha—. Era un hombre

joven, cabellos rubios, vestido con una cazadora de cuero negro. Tendría unos veinticinco años, más o menos. En la mano izquierda llevaba un anillo con una piedra muy grande.

—*¡Caramba!* —exclamó el otro agente—. Sí que es usted observadora, señorita Brisson. ¿Tenía prismáticos?

—No. —Pearl se sonrojea—. Pero vi que algo chispeaba en su mano izquierda. No era en la muñeca, por lo que no pudo ser el reloj de pulsera. Así he deducido que se trataba de un anillo con una piedra muy grande, dado el intenso centelleo que producía la mano del asesino al moverse.

—Está bien, vámonos ya.

Los tíos hombres salieron, seguidos por Pearl, quien les acompañó hasta la puerta. Cuando salían al pasillo, alguien, con voz meliflua, les detuvo.

—¿Sucede algo especialmente grave, señores agentes?

Aquella mañana, Pearl había conocido a la señora Strong, quien, como vecina suya, se había ofrecido para ayudarla en todo cuanto le hiciese falta, especialmente si se consideraba que Pearl era recién llegada a la ciudad. Por lo tanto, como ya se había establecido una relación de amistad entre ambas mujeres, la muchacha se creyó obligada a responder:

—Se ha cometido un asesinato en la casa de enfrente, señora Strong. Y yo he denunciado el hecho a la policía. Ahora estaba enseñando a los agentes el lugar del…

La señora Strong sonrió amablemente.

—Me imagino lo que ha sucedido, señorita Brisson. Claro, como usted es recién llegada a la ciudad, ignora que esa ventana corresponde a un estudio artístico. Yo también he visto asesinar a una joven no hace mucho. Pero todo es ficción; son estudiantes de actor que ensayan sus escenas en esa academia y ello induce a error al que no está en el secreto de la realidad.

—Oh —exclamó Pearl sonrojándose—. ¿Es eso cierto, señora? — preguntó.

—¿Habla usted en serio? —quiso saber el jefe de la pareja.

—Por supuesto, por supuesto —contestó la señora Strong—. He visto escenas de ésas cientos de veces. Pueden preguntar a los vecinos de este lado de la casa; ellos también lo ven y no dicen nada. Están acostumbrados a todo género de representaciones, se lo

aseguro.

Pearl se sentía abochornada, al comprender que había dado un resbalón. Bajó los ojos, evitando mirar a los agentes.

Atraído por las voces que sonaban en el pasillo, Achilles Mac Tubbs se asomó a la puerta de su domicilio.

—¿Ocurre algo grave? —preguntó.

Pearl hubiera deseado que se la tragase la tierra. En cuanto a los agentes, más que enojados, se sentían fastidiados por haber perdido el tiempo de aquella manera tan estúpida.

—Nuestra nueva vecina, la señorita Brisson —respondió Nellie Strong—, presenció una escena particularmente violenta en el estudio artístico de la casa de enfrente, y claro, desconocedora de la realidad, llamó a la policía, creyendo que se trataba de un asesinato auténtico.

El señor Mac Tubbs se echó a reír.

—Algunos de los alumnos de esa academia son buenos actores. Otros, en cambio, dan ganas de llorar —comentó—. La «muerta» —recalcó irónicamente la palabra—, es sin embargo, la mejor de todos. Tiene madera de actriz y llegará muy lejos. Señora Strong, ¿de qué ha muerto hoy esa chica?

—Un hombre, cojo, con bigote y perilla como los de los mosqueteros, la asesinó con un bastón estoque, señor Mac Tubbs.

—El «asesino» que yo vi era alto y tenía el pelo casi blanco —manifestó Mac Tubbs—. Se enfadó, teóricamente, claro, con ella, y la estranguló.

La turbación que sentía Pearl crecía por momentos.

—Yo… Yo vi a un muchacho joven, de no más de veinticinco años, sacar un revólver y dispararle dos tiros por la espalda —murmuró.

El agente que mandaba la patrulla se echó la gorra hacia atrás.

—Bueno, Jim, creo que aquí no tenemos nada que hacer —dijo—. Vámonos; ya informaremos al sargento de guardia por la radio del Coche.

De pronto, Nellie Strong se volvió hacia adentro, miró unos segundos y exclamó:

—¡Miren! ¡Ahora están los tres «asesinos» con la «muerta», charlando tranquilamente! ¡Pasen, pasen y véanlos!

Los agentes atendieron la indicación de la buena señora. Atraída

por la curiosidad, Pearl les siguió, lo mismo que Achilles Mac Tubbs.

—Vengan, acérquense —invitó la señora Strong.

Los dos agentes, Pearl y el señor Mac Tubbs se aproximaron a la ventana. Desde allí pudieron presenciar una escena singular, sobre todo para Pearl.

La muchacha rubia estaba en el centro de un corra formado por cuatro hombres, cada uno de los cuales sostenía una copa de champaña en la mano, lo mismo que ella. Todos parecían contentos y felices, y reían y bromeaban alegremente, como si estuviesen celebrando un agradable acontecimiento.

—Ése —señaló Nellie Strong al hombre del bigote y la perilla negros— es el que le clavó el estoque.

—El del pelo casi blanco —indicó Mac Tubbs— fingió el estrangulamiento.

Pearl Brisson vaciló durante unos instantes. Había un cuarto hombre al que no conocía, un sujeto alto, hercúleo, de frondosos cabellos castaños y mirada penetrante. Su cabellera era algo más larga que lo normal, lo cual le confería un aspecto de profeta o predicador evangélico, capaz de arrastrar a las multitudes con su inflamada oratoria.

—El chico rubio es el que disparó contra ella con el revólver —habló al cabo—. Pero el otro hombre me resulta desconocido.

—Es el director de la academia —explicó Nellie Strong—. Se llama, lo sé por los anuncios de los periódicos. Néstor Scrimer.

—Bien, Jim —suspiró el jefe de la patrulla—, aquí no tenemos nada que hacer. Volvamos para dar nuestro informe.

—Siento tantísimo lo ocurrido… —Manifestó Pearl, sumamente conturbada—. Pero es que realizaron la escena con un verismo sorprendente.

El policía sonrió.

—Más vale que haya sido así, señorita Brisson —dijo—. Y a fin de cuentas, no se preocupe por nosotros; nuestro deber es servir al contribuyente.

—Aunque ese contribuyente no haya pagado todavía sus impuestos —añadió su compañero con una gran sonrisa, como dando a indicar la reciente vecindad de la muchacha—. Pero ya los pagará, descuide, señorita Brisson.

Los dos policías saludaron y se marcharon. Mac Tubbs se fue enseguida.

—Le prepararé una taza de café —ofreció Nellie Strong—. Me imagino que ha debido pasar un rato muy malo, creyendo tomar por la realidad lo que sólo era una ficción.

—No lo sabe usted bien —suspiró Pearl, esbozando una sonrisa —. Figúrese; mi primer día en la ciudad y…

* * *

A las nueve de la mañana del día siguiente, el capitán Carroll Ormsby, de la Brigada de Homicidios, repasó los distintos informes que le rendían los agentes de patrulla, sobre los sucesos acaecidos la víspera.

Hubo uno que le llamó la atención y no fue precisamente por la alegría que le daba leerlo.

> «INFORME PRESENTADO POR LOS AGENTES N.º
> 00 787,
> PETER DOYLE, Y N.º
> 01 552,
> JIM CURTIS.
>
> »A las siete y treinta de la tarde y habiendo recibido un mensaje del sargento de guardia, quien había recibido, a su vez, una denuncia sobre un presunto asesinato, hecha por la señorita Pearl Brisson, domiciliada en Florida, 691, tercera planta, letra D, acudimos al domicilio de la expresada, ya que, según sus manifestaciones, es recién llegada a la ciudad y no conoce bien sus calles. La señorita Brisson había dicho al sargento de guardia, que indicaría el lugar del crimen desde su piso, y personados en el mismo, pudimos averiguar, por otros inquilinos del mismo edificio, que se trataba de la Academia Teatral de Néstor Scrimer, ubicada en South Side, número 337, en

donde sus alumnos habían representado una escena…».

El capitán Ormsby apartó el informe a un lado, haciendo una mueca de disgusto. Era raro el mes, y a veces las semanas, en que no recibían una denuncia por el estilo. Muchos, que no estaban en el secreto, creían que las escenas que representaban los alumnos eran verídicas y en el acto llamaban a la policía. Lo mismo le había pasado a Pearl Brisson.

Tendría que rogar a Scrimer que bajasen las cortinas de las ventanas cuando estuviese dando clase a sus alumnos. Era la única forma de terminar con aquellas molestias, que no les causaban sino pérdidas de tiempo y hasta, en alguna ocasión, les hacían quedar en ridículo. Después de hacerse estas reflexiones, sacó un cigarrillo, lo encendió y cuando se disponía a leer el siguiente informe, sonó el teléfono.

—¿Capitán? —Sonó una voz masculina—. Le llaman por teléfono. Una tal Pearl Brisson, señor.

Ormsby frunció el ceño. La tal Pearl Brisson debía ser alguna histérica que no tenía nada mejor que hacer que molestar a la policía. Pero, fuese quien fuese, no podía desatender la llamada.

—Está bien —accedió desganadamente—. Páseme la comunicación.

Unos segundos más tarde, sonaba en sus oídos la voz de la muchacha.

—¿Es usted el jefe de la Brigada de Homicidios?

—El mismo. Capitán Ormsby, para servirla a usted, señorita Brisson.

—Entonces, celebro oír su voz, capitán. Verá, he pedido que me pusieran en contacto directamente con usted, porque, de otro modo, no me hubiesen creído. Deseo denunciar un asesinato.

—¿En South Side, trescientos treinta y siete, señorita Brisson? —preguntó el oficial con ironía no velada.

—Exactamente, capitán —respondió Pearl Brisson con voz firme—. Quiero que envíe un detective a investigar. La chica rubia, cuyo asesinato se fingió ayer, está muerta, No, no hay duda; soy enfermera diplomada y sé reconocer cuándo una persona está viva y cuándo está muerta.

CAPÍTULO III

Pearl Brisson salió aquella mañana de casa con el ánimo bien dispuesto y el paso ligero. Pendiente del brazo izquierdo llevaba una serie de documentos —su título profesional de enfermera, referencias, una carta de recomendación y otra de aceptación, y algunos otros más— dentro de su bolso, el cual sujetaba instintivamente con más fuerza de lo ordinario, como si tuviese miedo que se le escapase el empleo que había conseguido con el reputado doctor Janswar.

Se había aprendido de memoria la dirección, pero como no tenía la menor idea de la topografía urbana de la ciudad, decidió parar un taxi y que el conductor la llevase al lugar requerido. Tuvo que esperar cosa de un minuto, durante cuyo tiempo no pudo por menos de *lanzar* varias miradas hacia la casa frontera.

Ahora que era de día pleno y lucía un sol radiante, se rió *de* sí misma y de sus temores de la víspera. Había hecho el ridículo; claro que ¿quién iba a pensar que *se trataba* solamente de una ficción? Por supuesto, ella *sólo* había presenciado la última escena, cuando el muchacho de los cabellos rubios disparaba contra la chica *dos* tiros de revólver.

Vio un taxi y alzó la mano; El vehículo se detuvo en el acto junto al bordillo de la acera.

Pearl se inclinó y antes de entrar, desde la, ventanilla, dijo:

—South Side, trescientos treinta y siete.

El conductor la miró de hito en hito durante unos segundos.

—Señorita, usted es nueva en la ciudad, ¿no es eso?

Pearl abría ya la portezuela. Con medio cuerpo dentro del coche, se detuvo y contestó:

—Sí, es cierto. ¿Por qué lo dice usted?

—Señorita —dijo el taxista con aire de resignación—, está usted a dos pasos de South Side. Es esa calle transversal que tengo detrás de mi coche, y si no me engaño, el número trescientos treinta y siete debe corresponder a la manzana de la acera opuesta, que hace esquina con la calle Florida, es decir, esta misma en que nos hallamos.

Pearl salió del coche con una expresión de profundo desconcierto pintada en su lindo rostro. Miró alternativamente al chófer y a la casa del otro lado de la calle, y al fin, sonriendo, abrió el bolso, sacó una moneda de medio dólar y se la entregó al hombre.

—Tome, amigo; y muchas gracias por su indicación.

—Perdone, señorita; pero no puedo aceptar ese dinero. No la he llevado a ninguna parte.

Pearl le dirigió una encantadora sonrisa.

—Mire —dijo—, partamos el importe de la carrera que no he hecho. Tenía presupuestado un dólar para el taxi de esta mañana, así que los dos vamos a ganamos la mitad. ¿Le parece bien?

—Me parece de perlas —rió el taxista—. Un millón de gracias, señorita.

Pearl buscó a continuación el paso para peatones. Cruzó la calle Florida, torció a la izquierda, caminó seis pasos, dobló a la derecha, caminó diez pasos más y al fin se detuvo ante el gran portón de acceso al edificio.

Entró sin vacilar y se dirigió al ascensor, que la llevó a la tercera planta. Salió al corredor y empezó a buscar el consultorio del doctor Janswar.

De pronto, al pasar por una puerta, leyó una placa que llamó su atención en el acto.

«Academia de Arte Teatral N. Scrimer, Director»

Se detuvo unos instantes ante la puerta, riéndose de sus temores de la noche anterior. ¡De modo que allí era donde se habían cometido los «crímenes»…! Bueno, no se podía decir que los alumnos de Scrimer fuesen malos actores. Cuando menos, a ella la habían engañado redondamente.

Iba a proseguir su camino cuando, de pronto, se dio cuenta de que la puerta no estaba cerrada del todo.

«Son unos descuidados», pensó. Y dio dos o tres pasos, pero de repente se detuvo y retrocedió hasta quedar situada de nuevo frente a la puerta.

Consultó su reloj. Eran las nueve de la mañana, una hora muy poco apropiada para que la academia artística abriese sus puertas. Acaso, pensó, estaba dentro la mujer de la limpieza.

Reanudó por segunda vez su camino. Y nuevamente volvió a retroceder.

Aquella puerta que no estaba cerrada del todo llamaba su atención de un modo fascinante.

Contempló la rendija durante unos segundos. Se mordió los labios, vacilante e irresoluta. ¿No iba a cometer un acto de estúpida indiscreción?

Pero la curiosidad que sentía acabó por vencerla. En todo caso, ya pondría alguna excusa para justificar su intrusión. Quería saber cómo era un estudio teatral por dentro.

Asió el pomo y empujó con cuidado, sin hacer ruido. Lo primero que vio, fue una sala de espera, decorada de un modo corriente, cuyas paredes estaban adornadas con grandes fotografías de personas que supuso serían actores en diversos momentos de sus interpretaciones artísticas.

Cruzó el umbral. No se oía el menor ruido. Resultaba extraño que se hubiesen dejado la puerta abierta. Por otra parte, ¿no disponía aquella academia de una secretaria que, al menos, se encargase de llevar la parte meramente burocrática?

Atravesó la sala. La puerta del otro lado estaba abierta de par en par y daba a una vasta habitación, con un estrado al fondo, en donde supuso, debían realizarse algunas de las escenas de estudio.

Sí, era la misma sala donde se habían cometido la víspera los «crímenes». Allí estaba el aparador licorero, la consola junto a la entrada, el sillón… y la muchacha rubia.

O una mujer, al menos, porque el sillón estaba vuelto de espaldas a la puerta y sólo podía ver uno de sus brazos colgando fuera del mueble. Era el brazo izquierdo y distinguió en la mano un anillo con una gran piedra amarilla, la excelente imitación de un buen topacio.

Pearl se detuvo unos momentos bajo el dintel con actitud reflexiva. Una y otra vez se dijo que lo que estaba haciendo era una

imprudencia, una indiscreción, pero su curiosidad pudo más que todo. Hablaría unos momentos con la muchacha rubia —suponía que *debía* ser la mujer que estaba sentada en el sillón—, *comentaría* lo sucedido la tarde anterior y luego iría a *presentarse* al doctor Janswar. Tal vez así, entablaría *amistad* con ella; le convenía tener alguna amiga de su *edad*, más o menos, en una población a la cual acababa de llegar.

Caminó unos pasos, dio la vuelta al sillón y…

Cerró los ojos unos instantes, mientras realizaba cuatro o cinco profundas inspiraciones. Sólo el hecho de estar, hasta cierto punto, familiarizada con la muerte, la impidió prorrumpir en un alarido de espanto.

Porque ahora sí, de un modo cierto e indubitable, la muchacha rubia estaba muerta.

Lo comprobó unos segundos después, al rehacerse de la primera y brutal impresión. Tomó la muñeca de la muchacha con dedos expertos y observó unos instantes. Aunque no hubiese sido sólo la ausencia de pulso, la característica frialdad *post mortem* le dijo cuanto quería saber al respecto.

Su profesión la ayudó mucho a conservar la serenidad. O quizá, se dijo, con amargo sarcasmo, ¿era que la escena presenciada el día anterior le había servido de «entrenamiento»?

Asiendo el bolso con ambas manos, buscó un teléfono con la vista. Había uno sobre el aparador de los licores. Confió en que no fuese un objeto meramente decorativo, sólo para ser empleado por los alumnos en determinadas escenas, en las cuales tenía el teléfono un papel que desempeñar.

Caminó hasta el aparador, levantó el auricular y pidió comunicación con la Jefatura de Policía.

* * *

El capitán Ormsby había tomado, momentáneamente, como centro de operaciones, la oficina de la academia. Sentado tras la mesa, dio una orden:

—Que pase la señorita Brisson.

—Sí, señor —contestó el agente que se hallaba a la puerta.

Afuera, en la sala, los expertos estaban tomando las huellas y

buscando todos los indicios posibles, mientras que el forense examinaba con todo detenimiento el cadáver. El guardia abrió la puerta y Pearl entró en el despacho.

Ormsby se puso en pie. Era un hombre alto y fornido, de cabellos castaños y mandíbula cuadrada. Sus ojos azules le conferían una expresión infantil que se desdecía un poco del cargo de jefe de la Brigada de Homicidios. No obstante, pese a tener tan sólo treinta y dos años, llevaba ya uno y medio desempeñándolo, y más que su valor, probado ya a lo largo de doce años de servicio en la fuerza policial, era su inteligencia la que le había conducido al puesto que ahora ocupaba.

Examinó críticamente *a la* muchacha. *Era de buena* estatura, espigada, de formas esbeltas y *juveniles, que* se adivinaba poseían la firmeza propia de la *juventud* y que eran moldeadas por el sencillo vestido de color claro que usaba. Su tez era muy blanca y ello formaba *un* encantador contraste con la intensa negrura de los cabellos, cortos y cuidadosamente peinados.

—Capitán… —sonrió Pearl.

Ormsby le indicó una silla.

—Siéntese, señorita Brisson. Tenga la bondad de contarme todo cuanto ha observado desde el momento en que entró en la academia.

—Sí, capitán.

Pearl habló durante algunos minutos. Al terminar, Ormsby preguntó:

—¿Cómo se le ocurrió entrar aquí?

La muchacha enrojeció ligeramente.

—Verá, capitán… Usted ya debe sabor, sin duda, que yo soy quien llamó ayer para denunciar un crimen que no lo fue.

—Es cierto —sonrió Carroll Ormsby—. Adelante, señorita Brisson.

—Pues bien; esta mañana, al dirigirme a mi trabajo… Es decir, cuando me dirigía por primera vez al consultorio del doctor Janswar, quien me ha contratado como enfermera ayudante y recepcionista al mismo tiempo, pasé por delante de la academia. Recordando lo que vi ayer, me sentí devorada por… por la curiosidad. —Pearl se ruborizó—. Lo lamento, fue algo superior a mis fuerzas; quería conocer el lugar del supuesto crimen…

—Que se ha convertido en un crimen auténtico —manifestó el oficial de policía pensativamente—. Está bien; no cabe la menor duda de que nos ha prestado un gran favor, señorita Brisson, dado que, de ordinario, los alumnos de la academia no empiezan sus clases hasta bien entrada la tarde. Esto, como comprenderá, nos ha permitido ganar un tiempo precioso ya que, de otro modo, hubiésemos tardado muchas más horas en descubrir el delito. Pero me imagino —añadió sonriendo— que el resto ya no le interesará a usted mucho, señorita Brisson. Lo demás corre de nuestra cuenta.

—Sí, capitán.

—Tendrá que presentarse en la Jefatura para firmar una declaración. Si logramos detener al asesino, declarará también en el juicio.

—Desde luego.

—Bien, no quiero entretenerla ya más…

Un hombre asomó de pronto por la puerta. Era el doctor Misch, forense policial.

—¿Doctor? —dijo Ormsby.

—El crimen se cometió entre cinco y siete de la mañana —informó el médico—. Mi opinión personal es que la primera hora resulta la más adecuada, ya que era aún de noche y es de suponer que el asesino aprovechó la oscuridad para cometer el asesinato. Por tres veces, claro; estrangulamiento, apuñalamiento y dos tiros por la espalda.

—Eso es lo que encuentro yo raro —comentó Ormsby, mientras, frente a él, horrorizada, Pearl escuchaba las palabras del forense—. ¿No le parece que se trata de una especie de ensañamiento, doctor?

—Es posible —admitió el médico—, aunque con el estrangulamiento habría bastado para matarla. De todas formas, establecer los motivos de ese crimen tan triplemente original, es cosa suya. El mío es realizar la autopsia, cuyo informe detallado le enviaré en cuanto lo tenga listo. Buenos días, señorita. Buenos días, capitán.

Carroll Ormsby se frotó la mandíbula con fuerza, a la vez que miraba a la muchacha.

—Bien —dijo—, la muerte de Susan Calloway se ha cometido de la misma forma en que tres personas, una de ellas usted, lo vieron ayer por la tarde.

—El asesino ensayó su crimen —murmuró ella.

—Eso parece —convino el policía—. Bien, no puedo entretenerla más, señorita Brisson.

Ella se puso en pie.

—No sé qué tal me acogerá si doctor Janswar —dijo, sonriendo débilmente—. Ya ve, mi primer día de trabajo y liego tarde al consultorio.

Ormsby sonrió.

—¿Janswar? Es buen amigo mío. Háblele de mí y diga que yo la he tenido retenida contra su voluntad, señorita Ormsby. Usted gana un buen patrón… y él, me parece qué una eficiente ayudante.

Pearl se ruborizó de nuevo.

—Es usted muy amable, capitán. Gracias por todo.

Cuando salió del despacho, Carroll Ormsby escribió un nombre en el papel y se lo entregó al policía que tenía en la puerta.

—Que busquen a este hombre —ordenó— y que lo lleven cuanto antes a mi despacho. El sargento Lomas se encargará de hacerlo.

—Sí, capitán.

CAPÍTULO IV

El hombre que entró en el despacho de Carroll Ormsby era alto, fuerte, de abundante cabellera castaña, de una frondosidad casi femenina, nariz aquilina y ojos penetrantes. Vestía con cierto rebuscado desaliño y el detalle más importante de su, en apariencia, descuidaba indumentaria, era una chalina de seda negra sobre una camisa de una impoluta blancura.

—Siéntese, señor Scrimer —dijo el joven—. ¿Un cigarrillo?

Scrimer aceptó el pitillo con mano temblorosa. Ormsby se fijó en el tamaño excepcional de aquellas manos; su dueño debía tener cuarenta y cinco años bien corridos, pero daba la sensación de conservar toda su fuerza física.

—Estoy anonadado —manifestó el director de la academia—. Jamás pude imaginarme que Susan Calloway, la mejor de mis alumnos, la mujer a la cual aguardaba un porvenir esplendoroso, haya podido perecer asesinada tan inicuamente.

—Ha sido un crimen canallesco, en efecto —convino cortésmente Ormsby—. Y más, si se piensa que se ha cometido empleando los tres procedimientos que usted y sus alumnos ensayaron ayer por la tarde.

—¿Cómo? ¿Lo sabe usted, capitán? —se extrañó Scrimer.

Ormsby sonrió.

—Una señorita nos denunció un crimen que había presenciado desde su ventana —manifestó—. Luego resultó que había sido una ficción, pero claro, ella no podía saberlo. Los agentes que investigaron se enteraron por otros vecinos de la misma casa, que el crimen se había repetido dos veces antes, también fingidamente, por supuesto. Pero ahora, ese crimen se ha llevado la práctica… de las tres formas en que se ensayó ayer, señor Scrimer.

El director de la academia aparecía muy abatido:

—Terrible, terrible —murmuró—. Una muchacha con un porvenir tan espléndido… Capitán —exclamó de pronto—, si hay algo que yo pueda hacer para ayudarle, dígamelo. Estoy decidido a colaborar plenamente con la policía para que se descubra y castigue al asesino como es debido.

—Muy agradecido —contestó Ormsby—. Y ahora hábleme de Susan Calloway. ¿Qué sabe usted de ella en el aspecto personal?

—Era una buena muchacha, un tanto pagada de sí misma, porque sabía su valor como artista, pero ése no es defecto capital.

—¿Tenía familiares?

—No, que yo sepa. Vivía sola en…

—Sé su domicilio —atajó Ormsby—. ¿Tenía pretendientes?

Scrimer hizo un amplio ademán con la mano y sonrió.

—Yo, el primero, capitán —contestó—. Además de actriz excepcional, era una muchacha guapísima. Todos los alumnos masculinos de mi academia estaban enamorados de ella.

—En ese aspecto, ¿qué tal era su conducta?

—Se sentía satisfecha y le gustaba coquetear. Pero no pasaba de ahí; afortunadamente, tenía ideas muy claras y sabía que no podía permitirse el lujo del amor, mientras no hubiese conseguido una sólida posición dentro de su campo artístico.

—¿Hubo alguna vez peleas entre los alumnos varones de su academia, por culpa de Susan?

—Si las hubo, se produjeron fuera y yo no me enteré. Jamás hubiera consentido una cosa semejante dentro de mi local —contestó Scrimer orgullosamente—. Hubiese representado un descrédito… Bastante descrédito es ya que se haya cometido un crimen, del cual hablarán todos los periódicos y en letras bien chillonas.

Ormsby leyó rápidamente un informe que tenía sobre la mesa.

—Ayer tarde, después de la clase, usted, Susan Calloway y los tres alumnos que habían ensayado las escenas, se marcharon a sus domicilios respectivos. ¿Alguno de ellos la acompañó?

—No. Tomó un taxi y se marchó sola.

—¿Oyó usted si daba la dirección de su casa?

—No, aunque me imagino que sí. Susan era bastante recatada en ese aspecto. Una vez la invité yo a cenar, pero ella rehusó.

—Después volvió a la academia, suponemos que antes de las cinco de la madrugada —dijo el joven—. El conserje de noche del edificio no vio nada, supongo que porque estaría dormido. En su opinión, señor Scrimer, ¿por qué tenía que volver Susan a la academia a una hora tan intempestiva?

—No se me alcanzan los motivos en absoluto, capitán.

—¿Pudo haber regresado para buscar la copia de algún papel que debía haber estudiado y que se le olvidó?

—Usted mismo ha dicho que la hora era intempestiva, capitán. De haber hecho tal cosa, hubiese ido después de las ocho o las nueve de la mañana, digo yo.

—La puerta estaba abierta alrededor de las nueve —observó el joven—. Las mujeres de la limpieza actúan mucho antes; a las siete ya están trabajando. ¿Cómo se explica usted que la mujer que les asea la academia no descubriese un asesinato que, según el forense debió cometerse entre cinco y siete de la mañana?

Scrimer se removió inquieto en el asiento.

—Verá, capitán —dijo, con expresión entre titubeante y avergonzada—, yo… Bueno, tengo ciertas dificultades económicas. Soy un buen profesor de arte teatral, esto es cierto y lo digo sin falsa modestia, pero en esta ciudad, la afición no es tanta como a mí me convendría. Cuando terminan las clases y se han ido los alumnos… En fin, una mujer de la limpieza me supondría un sueldo que yo no estoy en condiciones de pagar. Sólo hace limpieza general dos veces por mes.

—Entiendo —dijo el joven—. Así que usted, cuando terminan las clases, se encarga de dejar limpia la academia para el día siguiente.

—Sí, y también despacho la correspondencia y la parte administrativa. —Scrimer emitió una sonrisa de circunstancias—. Otro sueldo que me ahorro, capitán.

—Eso es algo perfectamente comprensible. Ahora, por favor, teniendo en cuenta que Susan Calloway ha sido asesinada de una forma que se ensayó ayer por la tarde, dígame qué representaban las escenas que vieron los testigos… Quienes, anteriormente, ya han presenciado otros acontecimientos similares. Dígame también, de paso, los nombres y domicilios de los alumnos que intervinieron en esas escenas.

—Con mucho gusto, capitán —respondió Scrimer—. El primero

representaba a un hombre de cierta edad, con un defecto físico muy pronunciado. Se llama Gaston Hymes y vive en el 873 de West Drive Road. Lo curioso del caso es que es cojo, en la realidad, aunque tiene mucha afición y cree que podría desempeñar papeles de carácter. En realidad, así es, tiene madera de actor y… Bien, la escena representaba que él se hallaba enamorado de Susan, mujer vana y egoísta, que le despedía burlándose descaradamente de su cojera. El, entonces, ciego de despecho, perdía la cabeza y…

—Entiendo —sonrió Ormsby—. Sigamos con el serondo, señor Scrimer.

—Sí, capitán. Se llama Jerry Clancey vive en el número 10 de la calle Garden. Su papel era el de un pretendiente de edad, más o menos la que tiene, esto es, unos cincuenta y ocho años, que ama a una mujer mucho más joven que él. Clancey había intervenido en algunos programas de la televisión local, pero quería mejorar su dicción y su forma de actuar. Para según qué papeles era el actor ideal.

—Y ella —dijo el oficial de policía— lo desdeñaba por *viejo*.

—Exactamente. Clancey tenía que fingir que perdía la cabeza y la estrangulaba.

—Muy bien. Hablemos del tercero.

—Se llama Mike Parron y vive en la calle Appletre, doscientos nueve. Su papel era el del hombre joven y atractivo, dominador de las mujeres, que se encuentra de repente con una que se ha hartado de su continua ostentación, de su apostura varonil, y también, ¿por qué no decirlo?, de lo que podríamos llamar dominio de «gigoló». Ella le desprecia, le dice que ha encontrado por fin al hombre a quien ama, joven, algo mayor que Parron, y con una sólida posición financiera, y le arroja el contenido de su vaso a la cara. Parron pierde la cabeza y…

—Le dispara dos tiros —sonrió el joven—. ¿Escribió usted mismo esos guiones de prueba, señor Scrimer?

—Oh, sí, claro; siempre suelo hacerlo, a menos que se trate de escenas de autores clásicos o modernos consagrados. Quería probar la ductilidad de Susan Calloway al hallarse ante tres prentendientes distintos en dimensión temporal, como, al mismo tiempo, probarlos a ellos también.

—Un asesinato en tres dimensiones —dijo Ormsby con cierto

humor, parodiando la definición de la visión en relieve.

—Así ha sido, capitán.

—¿Presenció usted la ejecución de las escenas?

—Sí, claro. Siempre estoy presente, para corregir los posibles defectos de mis alumnos.

—Los testigos no le vieron al principio —observó el joven.

Scrimer sonrió de mala gana.

—Siempre me están espiando a través de las ventanas. Yo estaba en el estrado; no me podían ver desde la casa de enfrente, capitán.

Carroll Ormsby reflexionó durante algunos instantes. Luego dijo:

—Una última pregunta y ya clásica, señor Scrimer. ¿Sospecha usted de alguien?

—No. En absoluto —respondió el director de la academia con acento lleno de énfasis.

—Alguno de los tres citados —insistió el policía—, ¿no pudo haber llevado a la práctica el ensayo del crimen realizado la víspera?

—Mi opinión personal es que no, capitán. Pondría la mano en el fuego por esos tres alumnos.

Al quedarse solo, Carroll Ormsby tiró de un cajón y dejó al descubierto una grabadora, en la cual había recogido la conversación con el director de la academia. No era cosa que pudiera presentar como prueba en un juicio, pero siempre le era muy útil para repasar interrogatorios a testigos y posibles culpables. Escuchó atentamente sus preguntas y las respuestas de Scrimer, y después de terminar, dejó el aparato nuevamente en estado de funcionar cuando la ocasión lo requiriese.

* * *

Por la tarde recibió el informe del forense.

Susan Calloway había recibido primero los disparos en la espalda, había sido estrangulada, y por último, el asesino le atravesó el pecho con un estoque.

El doctor Misch dijo:

—Debió recibir los disparos alrededor de las cinco de la mañana. Media hora más tarde, o algo menos, fue estrangulada… su cadáver, claro está. Y alrededor de las seis, le clavaron el estoque.

—¿Cuál es su impresión, doctor?

—Verá, capitán. Yo diría que el asesino le disparó los dos tiros y la dejó sentada luego en el sillón. Las balas son de pequeño calibre, un treinta y dos, y por lo tanto, no traspasaron el cuerpo. Después vino otro sujeto, y al vería sentada en el sillón, aparentemente dormida, la estranguló, sin más. Si esto ocurrió alrededor de treinta minutos más tarde, entonces no tuvo tiempo de notar que el cuerpo empezaba a enfriarse. Por otra parte, es concebible que no se diese cuenta de que ya estaba muerta, teniendo en cuenta que es muy posible que actuase en las sombras, puesto que debió atacarla alrededor de las cinco y media; en todo caso, se guió por la luz de la calle, que penetraba por la ventana, la cual, si le permitía ver las siluetas, no era lo suficientemente fuerte para que pudiera captar demasiados detalles.

—Entiendo —dijo el joven—. Y al que usó el estoque, debió pasarle algo parecido. En los finales de abril, a las seis de la mañana, todavía es de noche, apenas ha empezado el alba.

—Exactamente, capitán.

—Lo que yo me pregunto —murmuró Ormsby, sumamente pensativo— es qué diablos tenía que hacer Susan Calloway a las cinco de la mañana en el estudio de arte. ¿Tenía una cita? ¿Esperaba a alguien?

El doctor Misch soltó una risita.

—Eso, mi querido Carroll Ormsby, es a usted a quien compete averiguarlo.

CAPÍTULO V

Carroll Ormsby esperó a que le abriesen la puerta. Entonces se encontró frente al joven de los cabellos rubios que, en la ficción, había disparado contra Susan Calloway.

—¿Señor Parron?

—Yo mismo —contestó el muchacho, contemplándole con curiosidad.

—Soy el capitán Ormsby, de la Jefatura de Policía —se presentó el joven—. Deseo hablar con usted en relación con la muerte de Susan Calloway.

El semblante de Mike Parron se demudó ligeramente.

—Pase, capitán.

Ormsby se quitó el sombrero y cruzó el umbral. Parron vivía en un pequeño apartamiento, el cual aparecía *bastante* desordenado. Vio numerosos libros, la mayoría de ellos obras de teatro famosas, así como bastantes revistas de índole profesional. Sobre un diván *había lo* que *parecía* ser el original de una obra de teatro.

—Siéntese, capitán —ofreció el muchacho—. ¿Un cigarrillo? Le invitaría a beber, pero me imagino que me va a contestar con la frase consagrada por el uso: «*Estoy* de servicio» —añadió, con forzado buen humor.

—Es una frase ya un poco fuera de servicio —parodió Ormsby con una sonrisa—. A veces, un policía, hoy día, tiene que atender las conveniencias sociales. De todas formas, no me apetece beber ahora, muchas gracias, señor Parron.

Encendió su cigarrillo y el del muchacho. Mientras lo hacía pudo darse cuenta de que Parron estaba bastante nervioso. El anillo con una gran piedra que tenía en la mano izquierda emitía vivos centelleos.

—Espero sus preguntas, capitán —dijo Parron con voz tensa.

—Se refieren a Susan Calloway, naturalmente. ¿Ha leído la Prensa?

—Sí.

—Entonces, ya se habrá enterado de la forma en que murió Susan.

—Sí.

—Usted fingía que le disparaba dos tiros por la espalda.

—Sólo lo fingía, capitán.

Ormsby expulsó el humo de su pitillo.

—Por supuesto. Pero ¿no le parece raro que Susan fuese asesinada tres veces, las tres de la misma forma en que se había ensayado la víspera?

—A mí me parece todo lo contrario —dijo Parron, con cierto énfasis en su acento.

—Explíquese, por favor —rogó el joven.

—Fue una misma persona el asesino. Lo que pasa es que quiere inculparnos a los tres que realizamos ayer tarde los ensayos.

Ormsby se detuvo unos momentos a considerar la sugerencia del muchacho. Tal vez sí, ¿por qué no podía haber ocurrido el crimen de aquella manera?

—Bien, en tal caso, dígame de quién sospecha usted, señor Parron.

—De Hymes y de Clancey —respondió el muchacho sin vacilar.

—¿Por qué?

—Ambos estaban enamorados de Susan. Las escenas que se ensayaron ayer tarde tenían un fondo de veracidad.

—Néstor Scrimer no me ha dicho eso —alegó Ormsby.

Mike Parron soltó una estridente risita.

—¡El buen Néstor…! —dijo—. Siempre presumiendo Se su arte… Y ciertamente, no hay que regatearle cualidades, pero no ve más allá de sus melenas. El ni siquiera hubiera sospechado que tanto Hymes como Clancey estaban chiflados por la bella, orgullosa, altiva y despótica Susan Calloway, una hermosa y casquivana mujer, que coqueteaba con todo el mundo, a todos daba esperanzas y de todos se burlaba, pero que no hacía caso de nadie, porque sólo se amaba a sí misma, a su cello rostro, a su cuerpo de diosa… Y a sus reconocidas facultades artísticas.

Carroll Ormsby estudió durante unos segundos el rostro del muchacho, cuya frente se hallaba cubierta de minúsculas gotitas de sudor. Su respiración era un tanto acezante y la piel de sus facciones había enrojecido ligeramente, como consecuencia de la larga parrafada que acababa de soltar.

—¿Usted no estaba enamorado de ella? —preguntó.

—¿Quién, yo? —rió Parron agriamente—. Vamos, capitán; soy joven, pero no tonto. No me hubiera casado con Susan Calloway ni por todo el oro del mundo… suponiendo que ella hubiese tenido intenciones de casarse conmigo, claro.

Le mentía, pensó Ormsby. También el muchacho había estado enamorado de la Calloway y ahora desahogaba su despecho por los desdenes que, sin duda, había recibido de la muerta. Pero tal vez convenía considerar las posibilidades de Hymes y Clancey.

—Entonces, como actriz era magnífica, aunque pésima en su conducta.

—Sí. Entendámonos, capitán, y pongamos las cosas en su punto. Si pretende decir que era una impúdica Mesalina, eso no es cierto, al menos, según lo que yo opino. Lo que sí era cierto es que coqueteaba con todos, a todos se insinuaba, a todos permitía ciertos avances… Y luego disfrutaba enormemente despidiéndolos, tras haberse burlado de ellos desvergonzadamente.

—Comprendo. Así pues, salvo que la estocada, el estrangulamiento y los tiros de ayer tarde fueron fingidos, lo demás hubiera podido decirse que era real.

—No estaba muy alejado de la verdad, es cierto, pero sólo en lo que se refiere a Hymes y Clancey. Lo mío fue ficción auténtica.

—¿Cómo puede asegurarlo, señor Parron?

El muchacho sonrió ligeramente.

—Le recomiendo que vaya a la calle Hudson, ciento setenta. Pregunte por la señorita Peg Miller. Es mi prometida. Vamos a casarnos muy pronto.

—Le felicito —expresó Ormsby gravemente—. Y. dígame; ¿dónde estaba usted esta madrugada, entre cinco y siete de la mañana?

—En la calle Hudson, ciento setenta —respondió Parron sin vacilar—. Oh, no piense nada malo. Dormí en una habitación aparte. Lo hago muchas veces, cuando ella y su madre me invitan a

cenar y luego me quedo de velada con ellas, generalmente contemplando el programa de televisión. Salí de casa de Peg a las siete y media, para ir a mi trabajo en las oficinas de seguros donde estoy empleado. Los estudios de actor son una cosa accesoria. Me gusta mucho, esto es todo.

Ormsby reflexionó unos momentos. Sería cosa de comprobar la coartada del muchacho, aunque era seguro que le había dicho la verdad. ¿Podía ser el asesino uno de los otros dos aspirantes a actor?

Se puso en pie.

—Muchas gracias, señor Parron. Tal vez le necesite para completar sus declaraciones en debida forma.

—Estaré a su disposición siempre que me necesite, capitán —contestó Mike Parron.

Una vez en la calle, sentado ya al volante de *su automóvil*, Ormsby reflexionó unos momentos. ¿Tres asesinos? ¿Uno solo?

El crimen se presentaba endiabladamente complicado. Podía haberse producido tal como había sugerido el doctor Misch, pero también podía darse el caso de que una sola persona fuese el asesino, cometiendo una triple muerte para confundir y despistar a la policía.

Ello, sin embargo, requería unas dosis de ingenio, astucia y sangre fría nada comunes. Si había sido un nombré solo, tenía que haber dejado pasar cierto tiempo entre los disparos, el estrangulamiento y la estocada, a fin de simular que tres hombres habían matado a Susan Calloway.

Pero si había seguido fielmente los procedimientos que se habían ensayado la víspera, ¿por qué había invertido su orden, dado que los disparos, en la ficción, se habían hecho en último lugar?

Esto era algo que no comprendía por el momento. No sabía a qué carta quedarse; si con la de los tres homicidas, uno de los cuales sólo era el verdadero culpable, ya que los dos restantes, en tal caso, únicamente habrían atacado a un cadáver, o el de un solo asesino, el cual, en dicho caso, habría preparado la escena para hacer creer que Susan Calloway había sido muerta sucesivamente por tres de sus desdeñados pretendientes… uno de los cuales aseguraba no serlo. Porque Mike Parron, a pesar de sus afirmaciones, lo había

visto claro, también había estado enamorado de Susan Calloway.

Y aunque el muchacho había dormido en casa de su prometida, bien podía haber salido subrepticiamente a las cuatro de la mañana, cometido el crimen, abandonar el estudio a las seis y llegar sin que Peg Miller y su madre, dormidas, se hubiesen enterado de su salida.

Era una posibilidad que no debía desdeñar, se dijo.

Dio gas, embragó y arrancó.

* * *

Pearl Brisson se despertó de pronto, inquieta y nerviosa, aunque sin saber la causa. Quizá era la cama que extrañaba un tanto; acaso el hecho de que al día siguiente de su llegada se había visto envuelta en un crimen extraño, en el cual apenas si había dejado de pensar un solo momento… Tal vez se debía al nuevo empleo con el doctor Janswar. No sabía definir bien las causas de su nerviosismo.

Echando el embozo a un lado, metió los pies en las zapatillas y se puso la bata. Por la ventana entraba bastante luz, procedente de los faroles de la calle, así que no se molestó en encender la de la mesilla. Lo que deseaba en aquellos momentos era un cigarrillo y sabía que se había dejado los útiles en la salita inmediata.

Dejó el dormitorio y entró en la estancia contigua. El paquete de tabaco y su encendedor se hallaban sobre una mesita baja. Tomó un cigarrillo y cuando se disponía a apretar el resorte del encendedor, divisó algo que la paralizó momentáneamente.

¡Había alguien en el estudio de arte!

El hecho le extrañó, porque el intruso no había encendido la luz, sino que usaba una linterna portátil, a juzgar por los centelleos que, con irregulares alternativas, se divisaban a través de la ventana. A veces se veía un gran resplandor y otras veces, el estudio quedaba sumido en la oscuridad.

Durante algunos segundos, Pearl pareció convertida en una estatua. De pronto, comprendió lo que ocurría.

¡El asesino había vuelto al lugar del crimen!

Durante unos momentos se quedó completamente quieta, incluso con la respiración en suspenso. Se preguntó qué podría haber hecho regresar al asesino.

Pearl no creía en la leyenda, según la cual, el asesino, atraído

por un morboso instinto, por un sentimiento inconfesable, vuelve siempre al sitio donde mató a su víctima. Por lo menos, no en aquellas circunstancias.

Porque, según estaba deduciendo, lo que hacía el desconocido —el asesino, según su íntimo convencimiento—, era buscar algo que debía haber olvidado en el momento de matar a Susan Calloway y que, casi con toda seguridad, se le había pasado por alto a la policía.

Entonces, se dijo, lo mejor era llamar a la Jefatura. Tal vez, un coche, a toda prisa, sin utilizar la sirena, podría llegar a tiempo para detener al misterioso sujeto que aún continuaba deambulando por el estudio.

Retrocedió sin perder de vista la ventana de la casa de la acera de enfrente. Casi a tientas, levantó el auricular y marcó un número.

—¿Operadora? ¡Por favor, es urgentísimo! ¡Comuníqueme con la Jefatura de Policía!

CAPÍTULO VI

Carroll Ormsby no estaba de muy buen humor aquella noche. Se había cometido un homicidio, y aunque prácticamente, el asesino había sido visto por media docena de personas, se había resistido tenazmente a confesar su crimen, hasta que el joven, mediante un duro e intenso interrogatorio, sin violencia física, no obstante, había conseguido arrancar al sujeto la confesión deseada. Lo que en un principio había parecido que podía ser una diligencia de rutina, se había convertido a última hora en un apasionante forcejeo, del que había salido vencedor, no sin una serie de esfuerzos que casi habían llegado a rendirle.

Al fin, el asesino había firmado su declaración. Mientras releía los últimos renglones, con un pitillo entre los labios y la taza de café al alcance de la mano, se abrochaba el botón del cuello de la camisa. Subióse el nudo de la corbata y tras ajustarlo debidamente, alcanzó la taza.

El sargento Lomas, uno de sus más fieles y eficaces colaboradores, se hallaba a su lado. Como él, estaba cansado y soñoliento y deseando echarse a dormir. Los dos hombres comentaron el suceso, mientras fumaban el último cigarrillo de la noche y tomaban el café.

En aquel momento sonó el teléfono. Lomas levantó el aparato, escuchó unos instantes y se lo pasó al joven.

—Para usted, señor. La señorita Brisson.

Ormsby miró al sargento con sorpresa.

—¿Qué diablos querrá esta histérica a tales horas de la noche? —masculló a media voz.

Conocía el paño. Personas que, por regla general, involuntariamente, habían tomado parte en un suceso de cierta

importancia, le molestaban luego días y días, proporcionándole datos y detalles, la mayor parte de las veces absurdos e inconsistentes. Empezaba a temer que Pearl Brisson fuese una de aquellas personas, pese a su exterior equilibrado y lleno de ponderación.

—Habla el capitán Ormsby —dijo, levantando el tono—. ¿Qué es lo que desea de mí, señorita Brisson?

La voz de la muchacha sonaba llena de excitación.

—Capitán, el asesino de Susan Calloway está en la academia en estos momentos.

—¡Qué! —Respingó el joven—. ¿Está segura de lo que dice?

—Positivamente. Le estoy viendo desde aquí, capitán. No ha encendido la luz. Tiene una lámpara portátil y se mueve continuamente, de un lado para otro, como si estuviese buscando alguna cosa. Si se dan prisa y vienen en un coche que no haga ruido, tal vez lleguen a tiempo de atraparle.

La mente de Ormsby funcionó con rapidez. Pearl Brisson parecía sincera. No obstante, quiso probarla antes de realizar una acción que acaso pudiera terminar en el ridículo.

—Acaso es la mujer de la limpieza —sugirió.

—¿Emplearía esa mujer una linterna eléctrica? ¿No le parece que, en tal caso, habría encendido las luces del estudio?

Ésta era la respuesta que Ormsby esperaba y que le decidió a actuar sin pérdida de tiempo.

—Muy bien, señorita Brisson. Siga ahí, nosotros acudiremos inmediatamente.

Colgó el teléfono y miró a Lomas:

—Hay un extraño en el lugar donde murió Susan Calloway —dijo—. Vamos a ver quién es.

Mientras tanto, la muchacha había corrido a su armario, en donde guardaba unos gemelos de teatro, regalo de sus padres en unas Navidades pasadas. El aumento óptico no era muy grande, pero la distancia que la separaba del estudio de Scrimer no era mucho mayor que la que le hubiese separado del escenario de un teatro, caso de hallarse en las últimas filas de la platea o bien en el anfiteatro. Graduó el instrumento y observó la ventana de la casa frontera.

La linterna había dejado de verse. Pensativamente, se dijo que el

asesino había escapado ya. ¡Qué lástima! Era un caso que se presentaba muy confuso, pero que, tal vez, con un poco de suerte, se hubiese resuelto rápidamente…

¡No, aún estaba!

Debía haberse movido por las habitaciones restantes de la academia. El centelleo de la linterna volvió a verse, como una luciérnaga voladora moviéndose en la noche tropical.

De pronto, el sujeto de la linterna se detuvo. Pearl lo vio claramente. Apoyó algo en una mesa y colocó encima la mano izquierda, como para sujetar el objeto, que resultó ser un papel del tamaño de una cuartilla. Entonces, parte de los rayos luminosos incidieron sobre su mano izquierda. Pearl captó los vivos destellos de una gran piedra amarilla.

Se quedó sin aliento. El muchacho rubio que había fingido el crimen también llevaba un anillo semejante. ¿Era realmente el asesino?

De pronto se dio cuenta de que el hombre de la linterna parecía no tener una prisa excesiva. Pearl dejó los prismáticos sobre la mesa y corriendo a su cuarto, se sentó en una silla y se calzó los zapatos.

Acto seguido, se quitó la bata. Directamente sobre el camisón, se colocó un abrigo de entretiempo. Inmediatamente, corrió hacia la salida, sin preocuparse demasiado del atavío.

Descendió las escaleras a todo correr, sintiendo que su corazón palpitaba con un ritmo más acelerado que el de costumbre. Salió y tras arrojar una fugaz mirada al tercer piso del edificio del otro lado, cruzó la calle en sentido oblicuo, pero en dirección opuesta, con el fin de despistar al asesino si por casualidad se le ocurría echar una mirada hacia abajo.

Cuando llegó a la pared opuesta, invirtió su marcha y se deslizó rápidamente a lo largo de la misma, hasta alcanzar la esquina de Florida y South Side. Asomó la cabeza en actitud vigilante y respiró aliviada. En aquellos instantes la circulación era prácticamente nula y no se veía una sola persona en un enorme trecho. De haber salido el asesino del edificio, mientras ella se disponía a hacer lo mismo, tendría que haberle visto indefectiblemente.

Apenas un minuto más tarde oyó el tenue zumbido de un automóvil que se acercaba rápidamente. Volvió la cabeza.

El coche se dispuso a dar la vuelta. Entonces, uno de sus

ocupantes la divisó y ordenó al conductor que arrimase el coche a la acera.

Pearl corrió hacia el automóvil, en el momento en que Carroll Ormsby saltaba al suelo.

—Capitán —dijo en voz baja—, el asesino sigue arriba todavía. Es decir, hace unos minutos estaba aún. Y desde luego, no ha salido, porque yo le habría visto con toda seguridad.

Ormsby sonrió.

—Conque usted misma se nombró centinela, ¿eh? Bien, da gusto tener una ayudante tan bonita, ¿no le parece, sargento Lomas?

—Deliciosa —comentó el aludido, de buen humor.

—Vamos arriba —ordenó el joven.

Los dos hombres echaron a correr hacia la puerta. Pearl les siguió.

Entraron en el edificio. El conserje de noche leía una novela policíaca, sentado al otro lado del mostrador.

—Soy el capitán Ormsby —se presentó el joven, enseñando su documentación—. Hay un intruso en el local del estudio Scrimer y queremos sorprenderle.

El conserje sí se sorprendió.

—¿Intruso? —exclamó—. Yo no he visto entrar a nadie en el edificio desde hace más de dos horas, capitán.

—Lo mismo sucedió hace veinticuatro horas y una joven fue muerta, sin que usted viese entrar ni salir al asesino —rezongó el joven, de mal talante—. Bien, amigo, acompáñenos usted arriba, a fin de que vea que no hacemos nada ilegal.

—Está bien, capitán, pero le repito…

Ormsby se dirigió hacia el ascensor, sin hacer caso de las protestas del hombre. Éste salió de su cubículo y manejó el aparato hasta el tercer piso.

Salieron al corredor. El conserje les precedió con la llave maestra en la mano. Cuando se disponía a usarla, Ormsby se la quitó.

—Deje, yo me encargo de hacerlo —dijo brevemente.

Abrió la puerta con la mano izquierda, manteniendo la derecha sobre la culata de la pistola que llevaba en la funda axilar. Lomas se mantenía inmediatamente tras él, en tanto que Pearl y el conserje aguardaban expectantes.

Ormsby terminó de abrir la puerta. El vestíbulo se hallaba a oscuras. Después de unos instantes de indecisión, se arriesgó a encender la luz.

No había nadie. Seguido del sargento, avanzó hasta la gran sala donde los estudiantes de arte representaban las escenas en las que tomaban parte.

Encendió también la luz. El estudio propiamente dicho se hallaba asimismo desierto, como todos los demás departamentos del piso: Despacho, lavabos, vestuarios, etc.

Al terminar su registro, Ormsby se volvió hacia la muchacha.

—Siento haberle molestado —dijo ella, comprendiendo el mudo reproche que se encerraba en la mirada del oficial de policía—, pero no estaba dormida ni muchísimo menos. El asesino… Bien, el intruso, si lo prefiere así, estuvo aquí. —Miró en torno suyo y señaló una mesa no lejos de la ventana—. Estuvo leyendo un papel con ayuda de la lámpara portátil que llevaba. Es más —añadió—, casi me atrevería a asegurar quién fue.

Ormsby entrecerró los ojos.

—Eso es muy interesante, señorita Brisson —dijo—: Hable, por favor.

—El muchacho rubio que fingió matar a Susan a tiros —contestó Pearl resueltamente—. Recuerdo que entonces me fijé que llevaba una joya en la mano izquierda, que centelleaba muchísimo. Después de llamarle a usted, capitán, usé unos gemelos de teatro que tengo y pude ver que leía un papel en esa mesa. Se inclinó hacia adelante, apoyándose con la mano izquierda. Entonces, parte de los rayos de su lámpara alumbraron esa misma joya. A mí me pareció un anillo con una gran piedra amarilla, capitán.

Ormsby asintió. También él se acordaba de la joya.

—Usted —se dirigió al conserje de pronto—, ¿está seguro de que no ha visto salir a nadie del edificio antes de nuestra llegada?

—Absolutamente —contestó el hombre con acento de seguridad —. Estoy dispuesto a arriesgar el empleo por jurarlo, capitán.

Ormsby se pellizcó el labio inferior.

—Está bien —dijo—. Vámonos. El intruso, sea quien sea, se ha largado antes de nuestra llegada. La acompañaré hasta la puerta de su casa, señorita Brisson.

—No se moleste, capitán —dijo Pearl—. Lo único que siento es

haber llegado tarde.

Abandonaron el estudio. Antes de salir, Carroll Ormsby llamó aparte al sargento y le dio instrucciones en voz baja, de modo que no pudieran escucharles Pearl ni el conserje.

Acompañó a la muchacha hasta la puerta del edificio.

—Será mejor que se tienda a dormir un rato —dijo sonriendo—. Son ya las tres de la madrugada y aún puede descansar hasta la hora de su trabajo. A los pacientes del doctor Janswar no les agradará ser recibidos por una enfermera ojerosa.

Pearl esbozó una sonrisa de circunstancias.

—Seguiré su consejo, capitán. Buenas noches.

—Buenas noches, señorita Brisson.

CAPÍTULO VII

Mike Parron miró de muy mal talante a los dos hombres que venían a sacarle del lecho en lo mejor de su sueño. Se atusó los revueltos cabellos con una mano, y con voz destemplada dijo:

—Éstas no son horas decentes para despertar a una persona honrada, capitán Ormsby —rezongó. —¿Qué tripa se le ha roto ahora?

—En primer lugar —contestó el joven—, yo también me siento tan fastidiado como usted por no poder dormir; y en segundo, ¿qué le parecería si hablásemos adentro, en lugar de hacerlo en el pasillo?

—Cedo ante la fuerza —gruñó Parron un tanto melodramáticamente—. Entren ustedes.

Lomas cerró la puerta. Parron fue a un aparador y se sirvió una generosa dosis de licor.

—Como están de servicio —dijo sarcásticamente—, no les ofrezco. —Levantó el vaso—. ¡A su salud, muchachos!

—Gracias —contestó Ormsby—. Señor Parron, ¿a qué hora se acostó usted esta noche?

—A las diez y media, más o menos.

—¿No cenó hoy en casa de la señorita Miller?

—No. Tuve bastante trabajo en la oficina y se me hizo tarde… Oiga, ¿a qué diablos vienen esas preguntas y más a estas horas? ¿De qué nueva granujada me quiere acusar ahora?

—Todavía no le he acusado de nada —manifestó el joven—. Sólo trato de establecer ciertos hechos que pueden resultarme útiles en el esclarecimiento de la muerte de Susan Calloway.

—Pues, en tal caso, podría haber esperado a las nueve de la mañana —exclamó Parron de mal humor.

—Lo siento. El asunto que me trae aquí no admitía demora. ¿Podría probar de alguna forma que ha estado durmiendo desde las diez y media, ininterrumpidamente, hasta ahora?

—Vea; Vivo solo y no dispongo de ningún testigo, capitán —dijo el muchacho con moderado cinismo—. Así que si quiere embarcarme en un buen jaleo, ya puede hacerlo.

—La noche en que se cometió el crimen presentó a dos testigos que podían probar su coartada, según usted. Pero también pudo entrar y salir en casa de la señorita Peg Miller, sin ser visto, aprovechando que ella y su madre estaban dormidas.

—Así pudo ocurrir, en efecto. Pero se ve que usted no conoce a la señora Miller. Cada vez que me quedo en su casa duerme con un ojo abierto y el otro cerrado. No puedo levantarme a media noche al baño, sin que me pregunte en el acto qué me ocurre. No, capitán; si hubiese salido, la suspicaz madre de mi prometida se habría enterado en el acto.

Ormsby se tapó la boca para evitar que Parron viese la sonrisa que añoraba a sus labios. Después de algunos segundos dijo:

—Muy bien, señor Parron. Entonces, vayamos derecho al grano. Esta noche, un testigo, que nos avisó inmediatamente, dijo que había un intruso registrando el estudio de Néstor Scrimer. Cuando acudimos allí, el intruso se había volatilizado ya, señor Parron.

—¡Cómo! ¿Supone usted que ese tipo pude ser yo? —se indignó el muchacho—. ¿Es que no han visto la cara de sueño que tenía cuando les abrí la puerta?

—Usted estudia arte teatral —dijo Ormsby impasible—. Por lo tanto, puede fingir mejor que el común de los mortales.

—¡Ésta sí que es buena! —Parrón se palmeó un muslo con gesto aparatoso—. Pero ¿por qué diablos tenía que ir yo al estudio a semejantes horas de la madrugada?

A Ormsby le hubiese gustado contestar: «Porque si usted es el asesino de Susan Calloway, debió olvidar algo comprometedor, y al recordarlo, volvió a la academia para eliminar ese detalle que puede acusarle». Sin embargo, prefirió callar y dar otra respuesta.

—Tal vez —dijo— usted mismo nos lo pueda explicar. El… La persona que vio a un intruso en la academia, a las dos de la madrugada, más o menos, dijo que ese sujeto llevaba en la mano izquierda un anillo idéntico al suyo, señor Parron.

El muchacho le contempló durante unos segundos, con los ojos muy abiertos. Luego, de repente, sin más, rompió a reír a grandes carcajadas.

—¡Ésa sí que es buena, capitán! —exclamó con voz atronadora —. ¡Todos los alumnos de Scrimer usamos un anillo semejante! ¿O es que ya no se acuerda de que Susan Calloway también llevaba uno idéntico al mío?

* * *

El mal humor de Carroll Ormsby progresaba. Había dormido poco, y por si algo faltase, le escocía la plancha que se había tirado al dirigirse sin más al domicilio de Mike Parron. Acaso se lo hubiese evitado, de haber recordado antes el detalle del anillo en la mano de la muerta, pero en tal caso, lo mismo hubiese podido ir al domicilio de cualquiera de los restantes alumnos de Néstor Scrimer. En todo caso, el enigma se complicaba más y más a cada momento que transcurría, sin que vislumbrase la menor claridad por ninguna parte.

El zumbador del interfono sonó de pronto.

—Capitán —dijo la voz del sargento Lomas—, está aquí el señor Clancey.

—Bien, hágale pasar.

Cerró el contacto y puso en marcha la grabadora. Miró el reloj; Gaston Hymes debía haberse presentado ya y aún no había venido. Tal vez llegase mientras *estaba* hablando con Clancey.

Jerry Clancey penetró en la estancia. Su descripción *física* correspondía plenamente a la que Scrimer le había *hecho* durante su primer interrogatorio.

—¿Capitán? —saludó envaradamente.

—Siéntese, señor Clancey —invitó el joven—. ¿Un cigarrillo?

—Gracias, no fumo.

Ormsby encendió el suyo, mientras observaba disimuladamente a Clancey. Pudo darse cuenta de que el *sujeto* permanecía *a* la defensiva, pese a su actitud *circunspecta.*

—*Señor* Clancey —dijo, después de haber exhalado la *primera bocanada* de humo—, créame que yo soy el *primero* en lamentar las molestias que les causo *a ustedes*, pero le ruego tenga en cuenta fas

ineludibles *exigencias* de mi profesión.

—Muy lógico —convino Clancey. Su voz sonaba culta, *bien modelada*, como correspondía a un actor—. Estoy dispuesto a colaborar en todo, capitán. La muerte de Susan Calloway ha sido un hecho realmente sensible para todo el mundo.

—¿Usted también, señor Clancey?

El hombre del pelo casi blanco sostuvo firmemente la mirada de Ormsby.

—Yo también, capitán —afirmó sin titubeos.

—¿Estaba enamorado de Susan?

Clancey vaciló.

—No creo que esto tenga mucho que ver con su muerte —respondió al cabo.

—Cualquier detalle puede tener que ver con el asesinato de la señorita Calloway —aseguró el joven—. Vamos, conteste a mi pregunta.

Clancey inspiró con fuerza.

—No es ninguna deshonra estar enamorado de una mujer hermosa y buena, capitán —contestó.

—Hermosa, sí. Buena, no tanto. Al menos, según los informes que yo poseo.

—¡Eso es incierto! —exclamó Clancey, vivamente indignado—. Sí, ya sé lo que va a decirme, capitán. Me va a decir que Susan era coqueta, casquivana, que se burlaba de todos los hombres, que les hacía enamorarse de ella y luego los despedía, burlándose de ellos desvergonzadamente… —Sí, eso era lo que se comentaba de Susan, pero no es cierto en absoluto. Son rumores que propalaban los que se acercaban a ella, la mayoría con intenciones inconfesables, y eran rechazados automáticamente. Susan Calloway vivía únicamente para el arte y por dicha razón no quería enamorarse de nadie. Ésa es la única verdad y quien diga lo contrario, miente.

Ormsby se sorprendió de la vehemente defensa que Clancey hacía de la muerta. Tal vea, pensó, porque, maduro ya, más bien en la lindes de la ancianidad, Jerry Clancey se sentía un caballero celoso del honor de la dama a la que había amado, aunque ella no fuese merecedora de tal defensa.

—Muy bien —dijo—. Acepto su explicación, señor Clancey, y la agradezco en lo que vale. Pero ahora, dígame, ¿quiénes más estaban

enamorados de ella?

Clancey sonrió tristemente.

—Diga mejor quiénes no estaban enamorados de Susan Calloway, capitán. Así llegará más fácilmente a una conclusión.

De pronto, Carroll Ormsby recordó un detalle.

—Hubo uno que me confesó no amaba a Susan —dijo.

—¿Quién era ése? Resulta extraño, capitán; todos cuantos acudíamos a los cursos del estudio de Scrimer estábamos locos por ella.

—Es Scrimer, precisamente —afirmó el joven, espiando con minuciosidad las menores reacciones de su interrogado.

—¿Scrimer? Puede ser, aunque no lo creo. En fin —agregó Clancey ambiguamente—, tal vez el director del estudio es la excepción que confirma la regla.

Ormsby tenía ya la declaración que Clancey había firmado el día anterior. La coartada del sujeto era sólida. No se le podía acusar del crimen.

—Está bien —dijo—. Una última pregunta, señor Clancey. Según tengo entendido, todos los alumnos del estudio de Scrimer usan, como distintivo, un anillo idéntico. ¿Quiere enseñarme el suyo?

—¡Cómo no, capitán!

Clancey levantó la mano. El joven se incorporó un poco y examinó detenidamente la joya.

Clancey soltó una risita.

—Scrimer nos obligó a comprarla a todos —declaró—. Dijo que quería que el anillo fuese como una especie de distintivo común a todos los alumnos de la escuela. En realidad, lo que quería era la comisión de los veintidós dólares con ochenta centavos que vale cada anillo, ¿comprende, capitán? Mis iniciales están grabadas en el interior del aro —añadió—. Como todos, claro; cada uno las suyas, para evitar confusiones.

—Sí —asintió el joven con cortés sonrisa—; la entiendo perfectamente. Muchas gracias por todo, señor Clancey… ¡Ah, perdone! ¿Dónde estaba usted hoy a las dos de la madrugada?

—En casa, durmiendo —contestó el individuo virtuosamente.

—¿Tiene alguien que pueda probarlo?

—Mi hermana, su esposo y tres críos. Vivo en su mismo domicilio, capitán.

—Eso es todo. Gracias de nuevo, señor Clancey.

Ormsby repasó la grabación cuando se hubo quedado solo. Scrimer había dicho que le gustaba coquetear a Susan; Mike Parron había dicho lo mismo, aunque poniendo un mayor énfasis en sus comentarios, en realidad, insinuando bastante más que el director de la academia de arte teatral. En cambio, Clancey la defendía a capa y espada, considerándola como el prototipo de la mujer virtuosa y honesta, independientemente de sus cualidades artísticas.

¿Qué diría Hymes?

Frunció el ceño y bajó la palanquita del interfono.

—¿Ha venido ya el señor Hymes? —preguntó.

—No, señor.

Ormsby dudó unos segundos.

—Ese caballero vive en West Drive Road, ochocientos setenta y tres. Haga el favor de buscar en la guía telefónica e indague los motivos por los cuales no ha acudido a mi despacho, tal como le pedí.

—Bien, capitán.

Ormsby cerró la comunicación, encendió un cigarrillo y se abstrajo en la lectura de unos informes policiales. A poco, sonó la voz del sargento de guardia.

—¿Capitán?

—Diga, sargento.

—El teléfono del señor Hymes suena, pero no contesta. ¿Quiere que siga insistiendo?

Ormsby reflexionó brevemente.

—No —decidió al cabo—; avise al sargento Lomas. Él y yo iremos personalmente a entrevistarnos con el señor Hymes.

—Bien, capitán.

Carroll Ormsby y su fiel adlátere, tomaron un coche para trasladarse al número ochocientos setenta y tres de Wets Drive Road. Cuando llamaron al piso de Gaston Hymes y no recibieron ninguna contestación, el joven empezó a temer lo peor.

A fin de hacer las cosas en regla, Lomas bajó para traerse al conserje del edificio. Cuando éste, con ayuda de su llave maestra, les hubo franqueado la entrada al piso, los dos policías comprendieron los motivos por los cuales Hymes no había acudido a la Jefatura.

Hymes estaba tendido en el suelo, con los brazos en cruz y su propio bastón estoque tan profundamente hincado en el centro de su pecho, que la punta le asomaba por el otro lado de su cuerpo.

CAPÍTULO VIII

A Pearl Brisson no se le podía quitar de encima la imagen del sujeto examinando el estudio a las dos de la madrugada. Era ya hora de acostarse, y sin embargo, continuaba en pie, examinando la que ya consideraba como ventana fatídica.

Fumaba el cigarrillo con largas inhalaciones, quieta, respirando pausadamente. Para Pearl, no cabía la menor duda de que el asesino era el hombre que había visto a través de la ventana. ¡Si pudiese saber quién era…!

Un extraño hormiguillo recorrió su cuerpo. La idea que acababa de ocurrírsele la dejó unos instantes sin aliento. Inmediatamente fue desechada, pero con no menos rapidez volvió a tomar cuerpo en su imaginación. ¿Por qué no hacerlo?, se dijo una y otra vez.

El caso era… ¿Y si el capitán Ormsby se enteraba? Bueno, en todo caso, siempre podría decirle que había tratado de ayudarle.

Aplastó el cigarrillo contra el cenicero, una vez hubo tomado la decisión. Tomó el bolso y salió, cerrando el aparcamiento con llave. No necesitó apagar la luz, porque hacía rato que ya lo había hecho.

Momentos más tarde se hallaba en la puerta del edificio. Cruzó el umbral. El conserje de noche estaba atendiendo en aquellos momentos una llamada telefónica. Una pareja se hallaba junto al mostrador.

Aprovechó el momento y pasó por delante, levantando ligeramente los tacones, para producir un mínimo de ruido. A fin de no llamar la atención del conserje ni de la pareja se dirigió hacia la escalera, alcanzando el primer rellano en pocos instantes.

Cuando el vestíbulo desapareció de su vista, lanzó un gran suspiro de alivio; había pasado sin ser vista. Tal vez había hecho el asesino una cosa semejante.

Llegó al tercer piso. Sacó el bolso y se puso unos guantes de fina piel negra. Asió el pomo y lo hizo girar. Había supuesto bien; el estudio se hallaba cerrado con llave.

Pero ella tenía un excelente medio para entrar sin necesidad de utilizar la puerta. Caminó hasta el consultorio del doctor Janswar, sacó la llave, que el médico le había confiado, a fin de que estuviese en su puesto ya cuando él llegase por las mañanas y le tuviera todo preparado, y abrió la puerta.

Atravesó la sala de espera y el despacho del doctor, dejando a la izquierda la sala de reconocimientos, el laboratorio y el cuarto de Rayos X. Directamente, sin el menor titubeo, se encaminó al cuarto de baño.

Se acercó a la ventana y levantó el bastidor. A un metro de distancia, haciendo ángulo recto, había una ventana similar. Mordióse los labios un momento, buscando un medio de levantar el bastidor.

No tardó en hallarlo. Entre el instrumental del médico había escalpelos, algunos de buen tamaño. Cogió uno y regresó al baño.

Había en la pared exterior un saliente de unos treinta centímetros de ancho. Con el bolso pasado por el brazo izquierdo, salió fuera, remangándose la falda hasta los muslos, y puso los pies en el zócalo.

Afortunadamente era de noche y no pudo ver el fondo del patio interior. Quizá la altura le habría hecho sentir vértigo, pero en aquellos instantes su excitación era tal, que le impedía sentir miedo por su peligrosa situación.

Sacó lentamente el escalpelo y lo insertó en la parte baja del bastidor, introduciéndolo por la ranura que había entre éste y el marco hasta el mango. Hizo una ligera presión y el bastidor subió unos centímetros.

El resto resultó fácil. Momentos más tarde pasaba, a través del cuarto de aseo, al despacho del estudio teatral.

Encendió la luz. No le importaba en absoluto; sabía que no iba a venir nadie.

Empezó a registrar todo minuciosamente papel por papel, sin excluir las facturas. Halló algunas cartas de acreedores, dos o tres de las cuales expresaban con términos llenos de enérgica cortesía, pero sin dejar lugar a dudas sobre cuáles eran sus intenciones, los

deseos que tenían de que el director de la academia cancelase cuanto antes aquellas facturas. Al parecer, pensó Pearl, la situación económica de Néstor Scrimer no era muy boyante.

Continuó registrando. De los cajones pasó a un armario archivador, uno solo de cuyos cajones estaba ocupado. Los restantes se hallaban vacíos.

Pearl examinó las carpetas correspondientes a los alumnos. La de Susan Calloway contenía datos interesantes respecto a ella.

Pero no había nada que pudiera servirla en sus pesquisas. Decepcionada, se mordió los labios, mirando pensativamente en torno suyo.

Regresó a la mesa. Había allí una carpeta de tipo anticuado, con el sobre de papel secante. Vio señales de algunas palabras escritas con tinta, que habían sido secadas después de escritas. De repente, una súbita inspiración acudió a su mente.

Abrió el bolso y sacó el espejito que llevaba en él. Tomando la carpeta con una mano, colocó el espejito enfrente. Las palabras, invertidas al secarse, quedaron en posición normal merced a la reflexión del espejo.

Divisó parte del nombre de la difunta: Susan Callow… Y luego un nombre masculino: Andy Renfrew. Debajo el nombre, restos de una dirección: …rey Street. Pero el número había sido escrito antes y secado por sí solo, sin intervención del secante.

Intrigada, repasó de nuevo los nombres y la dirección. ¿Quién era aquel Andy Renfrew? ¿Quizá un alumno de la academia?

Por supuesto, no era ninguno de los tres implicados en el asesinato… Bien, su implicación era un tanto relativa, pero a fin de cuentas tenían cierta conexión con la muerte de Susan Calloway.

De pronto, un ruido que llegó a sus oídos heló la sangre en sus venas.

¡Había alguien en el estudio!

Los pasos sonaban lentos, pausados, y se dirigían rectamente hacia el despacho.

Durante un par de segundos, Pearl se sintió aterrada.

¿El asesino otra vez?

Miró hacia el escalpelo que había dejado apoyado en el alféizar de la ventana. Pero casi en el acto divisó otro objeto que le pareció de efectos más contundentes.

Levantándose de un salto, corrió silenciosamente hacía una mesita baja que había en un rincón y agarró una figurita de barro cocido que servía de adorno. Un segundo después apagó la luz y se situó al lado de la puerta, con la estatuilla en alto.

La puerta se abrió lentamente. Pearl pudo percibir incluso la respiración del individuo. Un poco de luz de la calle penetraba a través de la ventana del despacho y ello le permitió divisar el brillo de una pistola en la mano del sujeto.

La muchacha llenó sus pulmones de aire. Bajó la estatuilla y golpeó con todas sus fuerzas. Pero el individuo pareció intuir su ataque y saltó hacia adelante, esquivando el golpe.

Pearl cayó al suelo. La estatuilla se escapó de sus manos, que había extendido instintivamente para reducir los efectos de la caída, y se rompió con gran estrépito.

Inmediatamente, sonó una voz imperativa:

—¡No se mueva! ¡Permanezca quieto donde está! ¡Le tengo cubierto con mi revólver y si veo que se mueve, tiraré a dar!

Pearl ahogó una exclamación de sorpresa al reconocer la voz del sujeto.

—Me rindo, capitán Ormsby. Soy Pearl Brisson.

—¡Usted!

La voz del joven sonó explosivamente. Sacó un encendedor, con cuya llama se alumbró lo suficiente para encontrar el interruptor de la luz.

Pearl se sentó en el suelo, cubriéndose las piernas con la falda. Su lindo semblante expresaba la consternación que sentía.

En cambio, el de Carroll Ormsby expresaba un sentimiento muy distinto: La indignación.

—¡Por todos los diab…! ¿Qué es lo que hace usted aquí, señorita Brisson?

—Si le dijese que esperaba el autobús, usted no me creería, ¿verdad? —contestó ella, avergonzada—. Deme la mano y ayúdeme a ponerme en pie, capitán. Admito su severidad, pero no su falta de galantería.

—Está bien, detective aficionada —gruñó Ormsby, quien ya había guardado la pistola—. Como me imagino de sobra que vino aquí a buscar algo, espoleada por sus sentimientos de colaboración con la justicia, bien mezclados con su insaciable curiosidad, dígame

de una vez qué es lo que ha encontrado.

—Dos nombres y parte de una dirección —respondió ella, alisándose la falda con ambas manos—. Uno de los nombres, aunque no completo, es el de la muerta. El otro pertenece a un caballero que no ha sido citado hasta ahora con relación al asesinato de Susan Calloway. Y en cuanto a la dirección, sé que es de una calle que termina en «… rey».

Ormsby hizo una mueca.

—Calle Mercy, cuatrocientos sesenta y dos. Es, era, el domicilio de Susan Calloway. —Ormsby dulcificó un poco la expresión de su rostro—. Apuesto a que lo halló en el secante de esa carpeta, ¿no es eso?

—Ya me imaginaba que usted no dejaría pasar por alto semejante detalle, capitán —sonrió ella de mala gana—. Bueno, quizá alguno de los alumnos escribió ahí alguna carta para la pobre muchacha.

—Sí, eso pienso yo —convino el joven. De pronto, exclamó—. ¿Cuál es el otro nombre? Usted dijo que había dos, señorita Brisson.

—Andy Renfrew —contestó Pearl—. Pero a mí me parece que no tiene nada que ver con este asunto.

—No tiene nada que ver, ¿eh? —murmuró él pensativamente—. Vamos a ver el archivo.

El nombre de Andy Renfrew no figuraba para nada entre los de los alumnos pasados y presentes del estudio. Ormsby se sintió muy preocupado al captar el detalle.

—Ese nombre no estaba escrito cuando yo examiné el papel secante —dijo, sacando cigarrillos.

—Acaso no tenga nada que ver con la muerte de Susan —apuntó ella—. He leído cartas de varios acreedores…

—Vamos a ver —dijo él, dirigiéndose de nuevo hacia la mesa.

Minutos más tarde comprobaban que Andy Renfrew no era ningún acreedor de Scrimer. Ormsby se sintió muy desconcertado, aunque no tardó en rehacerse.

—Bueno, tal vez se refiera a algún amigo particular de Scrimer —sugirió Pearl.

Ormsby sacudió la cabeza.

—La letra no pertenece a Scrimer —manifestó.

Tengo muestras de ella y puedo afirmar que el director del

estudio no ha escrito esas dos palabras.

—Quizá fue algún alumno a quien Scrimer le permitió escribir una carta desde su despacho.

—Así debió ser —convino el joven. De pronto se puso las manos en los costados y mirándola de hito en hito, preguntó—: Bueno, mi linda detective aficionada, y ahora, ¿querrá decirme el procedimiento empleado para entrar en el estudio sin ser vista?

Pearl sonrió.

—El conserje estaba ocupado hablando por teléfono —respondió—. Además, había una pareja que le tapaban casi completamente.

—Entiendo. Diga.

—Bueno, aparentemente, el consultorio del doctor Janswar está alejado de la academia, pero hace ángulo con ésta, y por lo tanto, los cuartos de aseo quedan casi juntos.

Ormsby la contempló con admiración.

—Confieso que a mí no se me hubiese ocurrido una cosa semejante. Yo creí que el tipo que estaba ayer husmeando con una linterna en la mano salió antes que nosotros y escapó por el tejado. Se lo dije al sargento Lomas y éste confirmó mi suposición. Pasó a la azotea de otra casa y halló una de las puertas de acceso a la escalera abierta.

—¿Quién sabe si se escondió en el cuarto de aseo del consultorio al oírnos entrar y luego, cuando nos marchamos, salió tranquilamente por la casa de al lado?

—Es posible que así fuera —dijo él—. Y ahora, puesto que ya hemos terminado, ¿no le parece que es hora de regresar a casita?

—Por mí, encantada. Pero, dígame, capitán, ¿qué ha venido a hacer usted aquí?

—Lo mismo que usted —respondió el joven con gran desparpajo—. Pero, como no he encontrado nada, me retiro por el foro, decepcionado y lleno de rubor por el fracaso de mi esfuerzo.

—Bueno, al menos consiguió algo.

—¿Qué? —preguntó él.

—Encontrarme a mí, capitán. ¿Le parece poco?

—Visto desde el aspecto personal, me parece estupendo. Ahora bien, si lo contemplamos desde otro ángulo, es un fracaso.

—No le entiendo —dijo ella, extrañada.

—Mi querida señorita Brisson; tengo la sensación de que en esta

academia teatral está el busilis, el intríngulis, el meollo… la clave del asunto de la muerte de Susan Calloway… y de otro de sus admiradores, Gaston Hymes.

Pearl sintió que se le paralizaba el corazón.

—¿Hymes… ha muerto? —dijo temblorosamente.

—Así es. Atravesado con su propio estoque.

Capítulo IX

La coartada de Scrimer era sólida, indestructible. El director de la academia residía en una pensión, cuyo vigilante nocturno, según informes del sargento Lomas, padecía de insomnio crónico. Además, la dueña de la pensión era bastante estricta y vigilaba celosamente a sus huéspedes. Néstor Scrimer no había salido de su cuarto la noche anterior, que era cuando Hymes había sido asesinado, antes del amanecer.

Los otros dos sospechosos también se defendían igualmente. Clancey ponía por testigos a su hermana, su marido y los tres hijos, mayores de quince años todos ellos. Claro que podía haber salido durante el sueño de sus familiares, pero no parecía probable.

Acaso el más sospechoso de todos era Mike Parron. La circunstancia de vivir solo, le impedía presentar una coartada aceptable.

—Estuve durmiendo toda la noche —declaró el muchacho, de mal talante—. Diablos, capitán, soy un tipo que tiene que ganarse la vida.

—El que mató a Hymes también tiene que ganársela, señor Parron —contestó el joven, impasible—. Y digo esto, porque quizá Hymes sabía algo del hombre que asesinó a Susan Calloway, quien para evitar que Hymes le delatase, le asesinó a su vez, ganándose así su propia vida, que está en juego por los hechos cometidos.

—Todo lo que quiera, pero yo no he sido, capitán —dijo Parron en tono retador—. Y le desafío a que lo pruebe.

—No presuma tanto. Torres más altas que usted han caído, Parron.

El muchacho se encogió de hombros.

—La mía tiene los cimientos muy sólidos.

—Tal vez menos de lo que usted mismo piensa. Pero, dígame, en su opinión, ¿por qué mató el asesino de Susan a Gaston Hymes?

—No lo sé. ¿A mí qué diablos me importa?

—¿Cree usted que Hymes pudo conocer la identidad del asesino?

—Si fue uno de nosotros, quizá. Pero ¿y si no lo fue?

—Un momento, Parron. La noche del ensayo, ¿cuántos estaban en la academia?

—Nosotros tres, Susan y Scrimer.

—Por lo tanto, ningún otro alumno pudo saber qué clase de escenas se habían ensayado, ¿no es cierto?

—Sí, es verdad. Días antes, Scrimer nos había dado los guiones para que los leyéramos y nos los aprendiésemos. Nosotros tres, más Susan, formábamos un grupito independiente, aunque sólo para estas escenas. A veces lo hacía así con varios alumnos.

—Pero usted, por ejemplo, si suponemos que hay otro grupo de alumnos que ensayan cualquier otra escena, no sabe de qué trata dicho ensayo.

—Así es, capitán.

—Luego, entonces —dijo Ormsby en tono firme—, el asesino es uno de ustedes tres: Scrimer, Clancey y usted. Porque no es lógico suponer que si los demás alumnos ignoraban las escenas ensayadas, fuesen a repetirlas en la realidad y por tres veces con Susan, ¿no le parece?

—Olvida usted que Hymes murió atravesado por su propio bastón estoque, capitán.

—Hablamos ahora de Susan Calloway, Parron. Entonces, salvo los intérpretes y el director, nadie sabía qué escenas se habían ensayado. ¿Cree usted concebible que un desconocido —tres, quizá—, hubiese dado muerte a Susan, empleando los mismos procedimientos que se habían ensayado la víspera?

El muchacho sonrió con moderado cinismo.

—Yo no creo nada, capitán —dijo—. Yo creo sólo en los hechos y éstos dicen que no he sido yo el autor de la muerte de Susan. ¿Algo más? —terminó en tono desafiante.

—No —contestó Ormsby secamente.

Lomas le entró una taza de café cuando Parron hubo salido. Mientras sorbía lentamente la infusión, escuchó la grabación que había tomado del diálogo entre él y Parron.

—Duro de pelar, ¿eh? —comentó Lomas al pararse la cinta.

Ormsby se reclinó en el sillón y juntó las manos.

—Sí. Pero esto es propio de la juventud, sargento.

—Bueno, que yo sepa, usted no es un anciano, capitán. Pero qué quiere que le diga, ese chico no me cae a mí nada de lo que se dice simpático —gruñó Lomas—. Si tuviera que señalar a un culpable, mi dedo se movería, automáticamente en dirección a ese blousson noir.

—Erraría usted, Lomas.

—¿De veras, capitán? Hombre, mire que llevo unos años en la fuerza policial y conozco el paño. Un tipo como Parron…

—Su actitud no es desafío para fortalecerse contra nuestras posibles acusaciones de asesinato —contestó el joven—, sino que con ella se escuda para que no sepamos que estaba ciegamente enamorado de Susan, a pesar de hallarse comprometido con otra mujer. Eso es lo que trata de ocultar y no otra cosa, Lomas.

—Es posible —convino el sargento, aunque con cierto escepticismo—. En tal caso, nos quedarían dos sospechosos únicamente, capitán.

—Sí. Scrimer y Clancey. Pero a mí, lo que más me gustaría saber en estos momentos, aún más que el nombre del asesino —o asesinos, vaya usted a saber si fue ron tres o uno—, son los motivos por los cuales Susan Calloway estaba en el estudio, sola, a las cinco de la madrugada. Quizá un poco antes, aunque unos minutos de diferencia no varían gran cosa las circunstancias del hecho. Lomas, ¿por qué acudió Susan al estudio a una hora tan intempestiva?

—No lo sé, señor —contestó el sargento honradamente.

* * *

El número cuatrocientos sesenta y dos de la calle Mercy era una pensión de modesto aspecto, aunque limpia y acogedora en su interior, según pudo comprobar Pearl Brisson una vez le hubo franqueado la puerta su dueña.

—Buenas noches —saludó la muchacha. Dio su nombre y añadió —: Soy corresponsal de una importante revista teatral de Nueva York y desearía que usted me facilitase alguna información sobre una pensionista que tuvo usted, señora…

—Warrens, Thelma Warrens —contestó la dueña, mujer de cincuenta años, menuda y delgada, pero de ojos vivos y enérgicos —. Pase usted, señorita Brisson.

La muchacha agradeció con una sonrisa la invitación. Abrió el bolso y sacó de su interior un billete de cinco dólares.

—Mi revista —mintió descaradamente— suele recompensar las informaciones que recibe, señora Warrens. Comprende que sus corresponsales causan molestias a los entrevistados y trata de compensarles con una módica gratificación.

—Es usted muy amable, señorita Brisson —contestó la dueña de la pensión, muy esponjada—. ¿Quiere pasar al saloncito? Le serviré una taza de té, si me la acepta.

—Muchísimas gracias.

Después de servir el té, la señora Warrens dijo:

—Muy bien, señorita Brisson, ya me tiene a su disposición. ¿Qué quiere que le diga para su revista?

—Todo cuanto sepa acerca de la pobre Susan Calloway. Tengo entendido que poseía grandes dotes artísticas y deseo enviar a mi revista un reportaje lo más completo posible.

—Bien, la verdad es que mientras estuvo aquí, se portó bastante decorosamente —contestó la dueña de la pensión—. Ciertamente, recibía bastantes llamadas telefónicas, generalmente de hombres, pero eso le pasa siempre a toda chica bonita, y convendrá conmigo, señorita Brisson, en que Susan lo era mucho.

—Desde luego. ¿Le conoció usted algún enamorado? Oh, ya sé que había muchos que lo estaban de ella, pero yo me refiero a alguno preferido sobre los demás.

—Pues, no, ésta es la verdad. Coqueteaba bastante; pero en el fondo era buena. Claro está que si tuvo alguna aventurilla, lo hizo fuera de la pensión. Yo soy muy estricta en según qué cosas, ¿sabe usted?, y nunca hubiese permitido que un hombre, en mi casa… Bueno, ya me entiende usted, señorita Brisson.

—Por supuesto —contestó la muchacha amablemente—. La mayoría de mis pensionistas son chicas solteras, También hay algún hombre, pero en ese caso, sólo los admito si son casados y traen a su esposa consigo. No, señorita; en mi casa no quiero escándalos que podrían arruinar mi reputación. Cuando alguno de mis pensionistas quiere recibir una visita, dispone de este saloncito y de

otro contiguo. Incluso los casados… ¡Espere, ahora que me acuerdo, Susan recibió una vea a un hombre en su cuarto! Por cierto —añadió la charlatana señora Warrens—, que la reprendí muy severamente y sólo gracias a que me prometió arrepentirse y no repetirlo otra vez, la dejé continuar en la pensión.

—Siga, siga, eso es muy interesante —la azuzó Peal—. ¿Cómo era ese hombre?

—Pues, verá, yo creo que tendría, tiene aún, porque esto ocurrió no hará más de un mes, unos veinticinco años, alto, de cara regular, esto es, ni guapo ni feo, pelo oscuro, casi negro y ojos también negros. Vestía modestamente… ¿Cómo diría yo, señorita Brisson? Algo así como si fuese un operario recién salido del taller o algo por el estilo.

—Comprendo —dijo Pearl, decepcionada. La descripción del tipo no correspondía en modo alguno a la de los sospechosos—. ¿Eso fue todo?

—Sí. Ella se mostró pesarosa de lo que había hecho y él quiso achacarse las culpas, diciendo que había entrado en su cuarto casi por la fuerza. Luego se marchó y ella dijo que más tarde le llamaría por teléfono y que ya concertarían una cita. Entonces, Andy dijo que se sentía ya harto de aquella situación y…

Pearl Brisson respingó al oír aquel nombre.

—¿Ha dicho usted Andy, señora Warrens? ¿Tal vez Andy Renfrew?

—El apellido no lo sé. Ella usó sólo el nombre y se tuteaban. Parecían tener una gran intimidad entre ellos, más que la que Susan había tenido con ninguno de sus pretendientes. El caso es que Andy se marchó y ya no he vuelto a verle más ni saber de él en absoluto.

La muchacha reflexionó unos instantes. El nombre de Andy Renfrew no era una ficción, no era ningún acreedor de Scrimer, sino que pertenecía a un hombre joven, y al parecer, más íntimo de Susan que ninguno otro de sus admiradores. ¿Qué clase de relaciones les habían unido?

—¿Podría echar un vistazo a la habitación de Susan? —rogó—. Es para hacer una descripción completa del ambiente, señora Warrens.

—Claro, no faltaría más. Precisamente aún está desocupada. Créame, siento mucho la muerte de la señorita Calloway, pero,

francamente, no me ha beneficiado en absoluto. La gente —habló Thelma Warrens mientras subían las escaleras— es muy propensa a hablar, usted ya me comprende, señorita Brisson.

—Por supuesto —contestó la muchacha.

Entraron en el cuarto que había ocupado Susan Calloway. Era una habitación limpia y aseada, de moblaje antiguo, pero bien conservado, que daba cierta sensación hogareña, que no podía por menos que agradar a quien habitase allí.

Pearl examinó críticamente el cuarto. Dio unos cuantos pasos en su interior y lanzó una mirada circular.

—Yo tengo un apartamento alquilado —dijo—, pero si un día me decido a buscar una pensión vendré aquí, señora Warrens. A mí no me asustan determinas circunstancias…

La campanilla de la puerta de entrada sonó de repente.

—Dispénseme, señorita —dijo la dueña de la pensión—. Tal vez sea algún posible huésped, en busca de alojamiento.

—No faltaría más, señora Warrens.

La muchacha quedó sola en la habitación. Se imaginó que los hombres de Carroll Ormsby la habrían registrado minuciosamente, por lo que desistió de hacer nada al, respecto. Pero, en cierto modo, estaba contenta; había hallado a un posible nuevo sospechoso: Andy Renfrew, el que, según manifestaciones de la dueña de la pensión, había tenido más intimidad con Susan que ninguno de sus otros admiradores.

¿No cabía la posibilidad, se preguntó, que Andy hubiera sido el asesino, por celos?

Estaba junto a la mesilla de noche, un mueble antiguo, exageradamente grande. Paseó el índice por la sobremesa de mármol, trazando unos dibujos imaginarios, mientras su mente funcionaba con gran actividad, analizando todas las posibilidades referentes a Andy Renfrew. De pronto notó que su dedo, rebasado el mármol, perdía un poco de altura y tropezaba con algo que se doblaba fácilmente hacia abajo.

Miró instintivamente. Entonces descubrió la esquina de un papel que asomaba por el espacio situado entre el mármol y la madera.

Presa de una repentina excitación, sacó el escalpelo que aún conservaba, sin saber exactamente los motivos, y haciendo palanca, levantó un poco el mármol. Así pudo sacar fácilmente el papel,

viendo entonces que se trataba de un sobre.

Leyó la dirección escrita en su interior. La carta estaba dirigida a Andy Renfrew, habitante en la calle Larrymore, setenta y cinco, segundo piso, letra B.

El remitente era la propia Susan Calloway. Pearl se imaginó fácilmente que Susan había escrito la carta, guardándola bajo el mármol para que no fuese encontrada por la señora Warrens, quien, seguramente, habría leído su contenido. Después, la muerte había impedido que Susan echase la carta al correo, y de no haber sido por su afán inquisitivo, habría seguido allí durante muchísimo tiempo.

CAPÍTULO X

Sin el menor escrúpulo, Pearl Brisson abrió el sobre, que no había sido engomado, y sacó de su interior una cuartilla de breve, pero sustancioso contenido:

> «Querido Andy: Ten paciencia y confía en mí. Sabes de sobra que te amo como a nadie y que estoy ansiosa de que todo el mundo conozca los sagrados lazos que nos Unen. Pero ahora, tú lo sabes mucho mejor que ninguno, debemos mantener nuestro matrimonio en secreto. Es ya muy poco el tiempo que nos queda de vivir separados; dentro de una o dos semanas me harán unas pruebas en la emisora de TV local. Estoy segura de triunfar y entonces, cuando mi nombre sea ya famoso, podré lucirte a mi lado y proclamar a los cuatro vientos que no hay hombre como mi adorado Andy para su enamorada».
>
> «Susan».

—La violación del correo es un delito federal, señorita Brisson —dijo una voz masculina en aquel instante.

A Pearl no le pareció extraño ver al capitán Ormsby en el dintel de la puerta. Tranquilamente, respondió:

—Cuando una carta no está cerrada, el delito se convierte simplemente en una falta; la curiosidad, capitán.

Ormsby extendió la mano.

—A ver, déjeme esa carta.

Pearl se la entregó, disfrutando interiormente con la sorpresa que el capitán Ormsby iba a recibir, al enterarse de que Susan había estado casada, precisamente con el individuo cuyo nombre habían desechado como posible sospechoso. Pero se quedó un poco decepcionada, porque el rostro del joven no mostró ningún asombro.

—¿Dónde encontró la carta? —preguntó, una vez concluida la lectura.

Pearl le indicó el sitio. Pensativo, Ormsby comentó:

—Es extraño. El sargento Lomas registró personalmente la habitación, y que yo sepa, es el hombre más minucioso que he conocido.

—Pudo pasársele por alto, ¿no cree? Yo misma no la hubiese hallado, a no ser por esa coincidencia que ya le he dicho —manifestó Pearl.

—Quizá —convino Ormsby ambiguamente—. De todas formas, esto ya lo sabía.

—¡Cómo! —Respingó la muchacha—. ¿Sabía que Susan Calloway estaba casada?

—Mi querido Sherlock Holmes con faldas: La policía se equivoca muchas veces antes de hallar la verdad, pero por encima de cualquier error, trabaja incansablemente, buscando los menores indicios que contribuyan al esclarecimiento de un delito. Esta tarde, uno de mis hombres, investigando antecedentes de todos los relacionados con el crimen, la propia víctima incluida, halló que Susan Calloway y Andy Renfrew se unieron en matrimonio hará un par de años, aunque, por razones fáciles de comprender, ella siguió utilizando su nombre de soltera. Lo único que desconocíamos era el domicilio de Andy Renfrew y ése, gracias a usted, ya lo sabemos.

—Entonces, le detendrá, acusado de asesinato de su propia esposa.

El joven sonrió.

—Primero le interrogaré. Por ahora, es un sospechoso tan bueno como los restantes. Del resultado del interrogatorio dependerá que le acuse o no del asesinato de su esposa.

—Entonces, tenemos que ir inmediatamente a la calle Larrymore —dijo Pearl con gran vehemencia.

—¿Tenemos? —repitió él, maliciosamente.

La muchacha se ruborizó.

—A fin de cuentas, yo también he colaborado, ¿no? Creo que me merezco esa pequeña recompensa, capitán.

—Su recompensa debe ser la satisfacción del deber cumplido, con celo excesivo, por cierto. Ahora, como una buena chica, regresará a su casa, cenará, se meterá en la camita y se dormirá, para tener preparado el consultorio del doctor Janswar a las nueve en punto. ¿Está claro?

Pearl comprendió que Ormsby no cedería. Suspiró, poniendo de relieve las compactas curvas de su busto bien formado.

—El rey ha hablado —dijo, con forzado buen humor—. ¿Cuándo podré llamarle para conocer el resultado de su investigación, capitán?

—Le diré algo si me acepta una invitación para almorzar mañana a la hora adecuada —contestó él.

—Acepto encantada —sonrió Pearl—. El honor que me dispensa su majestad, me abruma.

Hizo una gran reverencia de corte, tomó el bolso y salió. Pero una vez ya en la puerta, se volvió.

—Capitán.

—¿Señorita Brisson?

—¿Cómo se le ocurrió venir aquí?

—Quizá pensé que usted podría hallar esta carta —respondió él, abanicándose con el sobre y la cuartilla.

—¡Tipo fresco! —le apostrofó ella. Y se marchó.

Ormsby prendió fuego a un cigarrillo y releyó la carta, que guardó a continuación en el bolsillo. Inmediatamente, salió y se despidió de la dueña de la pensión, que estaba charlando por los codos con el sargento Lomas.

—¿Algo nuevo, señor? —preguntó Lomas, una vez ya en el coche.

—Sí. Vamos a la calle Larrymore. Allí es donde vive Andy Renfrew.

—Ha sido una sorpresa enterarnos de que Susan estuviese casada, ¿eh?

—Sí, ciertamente —contestó el joven, con el ceño fruncido.

—Bueno, tal vez tengamos ahí al asesino, señor.

—Por lo menos, un sospechoso.

—Susan Calloway coqueteaba mucho. Tal vez fuese buena, pero es que hay maridos a quienes los dedos se le vuelven huéspedes. Claro que también la mujer debe no sólo ser honesta, sino aparentarlo.

—Sí, soy de su misma opinión, Lomas. Pero a mí, lo que me sigue preocupando, y me preocupará, son los motivos que llevaron a Susan al estudio a las cinco de la mañana. Cuando los conozcamos, habremos hallado la clave y el resto se nos dará por añadidura.

Poco después llegaban a la calle Larrymore. Lomas detuvo el coche frente al número cuatrocientos sesenta y dos, una vieja casa de cinco pisos y estructura de ladrillo, con las clásicas escaleras exteriores de incendios en el callejón adyacente.

Un minuto después, el joven pulsaba el timbre de llamada. A poco, una voz masculina preguntó desde el otro lado:

—¿Quién es?

—La policía. Abra, queremos hablar con usted, Renfrew.

Hubo una breve pausa de silencio. Después, la voz de Renfrew dejó oír una inequívoca amenaza.

—Si no se apartan de la puerta antes de cinco segundos, abriré el fuego. Tengo una pistola y no estoy dispuesto a dejar que me pesquen vivo para colgarme un crimen que no he cometido.

Los dos hombres saltaron en el acto a ambos lados de la puerta. Poseían la suficiente experiencia para saber lo que debían hacer en un caso semejante.

Ormsby sacó la pistola y movió la mano en sentido semicircular. Lomas comprendió en el acto; era preciso cortar la retirada a Renfrew. Agachándose, pasó rápidamente por delante de la puerta y echó a correr hacia la escalera.

Entonces, Ormsby levantó la voz de nuevo:

—¡Renfrew! ¡Todavía no le acusa nadie de ningún crimen! ¡Sólo queremos hablar con usted en relación con el asesinato de su…!

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Los tres disparos resonaron muy rápidos y sus proyectiles arrancaron astillas a la puerta.

—¡Ésa es mi respuesta! —aulló Renfrew.

El joven se contuvo. Sabía que el esposo de Susan Calloway

debía hallarse tremendamente nervioso y conturbado por el hecho, y se daba cuenta de que ello había afectado momentáneamente a su razón. Hubiera podido disparar, pero sabía que Andy Renfrew no era un forajido sin escrúpulos, sino un hombre decente, tal vez culpable de un asesinato, pero a quien debía persuadir con palabras más que con las balas.

—Le aseguro que cuanto le he dicho es verdad, Renfrew —exclamó—. No le acusamos de un asesinato; sólo queremos hablar con usted.

El griterío en los pisos del edificio se acentuaba por momentos. Algunas cabezas empezaron a asomar por las puertas y la barandilla de la escalera.

Renfrew no contestó ni volvió a disparar de nuevo. El joven insistió, obteniendo idéntica respuesta.

Entonces retrocedió un par de pasos y tomando impulso, se lanzó contra la puerta, haciendo saltar la cerradura con gran crujido. Atravesó una sala y llegó a un dormitorio, cuya ventana estaba abierta de par en par.

Sacó medio cuerpo por el hueco. Sonrió satisfecho.

Andy Renfrew estaba en la calle, brazos en alto, mantenido inmóvil bajo la amenaza del revólver que empuñaba Lomas. A los pies de Renfrew podía verse claramente el arma que había utilizado.

—Ya puede bajar, capitán —gritó el sargento al verle asomar por la ventana.

Ormsby enfundó la pistola. Utilizando la misma escalera de incendios, llegó al callejón. Entonces recogió el arma de Renfrew, y tras echársela al bolsillo, le agarró por un brazo.

—Vamos, Andy —dijo en tono normal—. Hablaremos en Jefatura. Aquí hay demasiados curiosos.

—¿Me llevan detenido? —preguntó Renfrew aprensivamente.

—Has atacado a unos oficiales de la Ley —respondió el joven—. Te acusaremos de ese delito, que podías habértelo ahorrado, si nos hubieses franqueado la puerta desde el primer momento.

—No tenía ganas de que me echasen encima la muer te de Susan.

El acento del muchacho era de desesperado desafío, como si estuviese perdido y lo supiera. Benevolentemente, al tiempo de

entrar en el coche, Ormsby dijo:

—Eras el esposo de la víctima, Andy. Por lo tanto, opinamos que puedes facilitamos muchos datos acerca de la pobre Susan. —El auto arrancó, abriéndose paso entre los curiosos—. Claro que, si he de serte franco, también entras en la lista de sospechosos, Andy.

CAPÍTULO XI

—Pero no podrían probar que fui yo el que mató a Susan —exclamó Andy Renfrew, una vez instalados en el despacho de Carroll Ormsby, en la Jefatura.

—Todo depende —contestó el joven serenamente— de la coartada que sepas presentarnos, muchacho, pero más que nada, de los motivos que llevaron a Susan al estudio a las cinco de la mañana. ¿No crees que es una hora más bien intempestiva?

—Susan era así; hacía lo que mejor le parecía, sin consultar a nadie —dijo Andy Renfrew—. A veces, yo creo que ni a sí misma.

—Es decir, que hacía las cosas impulsivamente.

—Así es… era, mejor dicho, capitán.

Lomas entró con tazas de café. Ofreció una al joven y otra a Renfrew.

—Pero no me irás a decir que fue al estudio a semejantes horas sólo porque le acometió un impulso irresistible, Andy —arguyó Ormsby—. Uno puede sentir el impulso de tomarse una copa de licor o, hasta si me apuras, de darle dos bofetadas a un tipo particularmente antipático, pero nunca el de echar a correr a las cuatro de la mañana, para llegar a la academia a las cinco. ¿A qué fue Susan allí a tales horas?

Renfrew se encogió de hombros.

—¿Cómo diablos quiere que lo sepa? ¿Es que no ve que vivíamos separados? ¡La vida, para mí, era un infierno! ¡Estaba dispuesto a estallar en cualquier momento!

—Y la explosión se produjo —cuando mataste a Susan— intervino el sargento.

—¡Mentira! ¡Eso no es cierto!

—Pruébalo, Andy —dijo Lomas.

El muchacho miró a los dos policías. Una torva sonrisa apareció en sus labios.

—Tomen nota de estos nombres —dijo Y después de citarlos, así como sus domicilios, añadió—: Estuvimos jugando al póker hasta que clareó el día.

Ormsby y Lomas se miraron en silencio. Renfrew no habría presentado una coartada con nombres y domicilios, de no ser cierto. Una o dos personas podían ponerse de acuerdo para ayudar a una tercera, pero más ya resultaba difícil. Si decían la verdad, no podrían contradecirse.

—Bueno —reaccionó el— joven —entonces, si tenías una coartada tan buena— que luego comprobaremos, tenlo por seguro —¿por qué mil diablos te resististe al arresto? ¿Por qué no te presentaste a la policía apenas dieron los periódicos la noticia de la muerte de tu esposa?

El muchacho se quedó cortado.

—Vamos, habla —dijo Lomas—. El capitán te ha hecho dos preguntas. Responde.

—¿Es que has hablado con tus amigos para que declaren que a las cinco de la mañana estabais jugando al póker? —habló Ormsby —. Alguno de ellos será casado, me imagino yo; su esposa me dirá a qué hora regresó de la partida y… ¿No comprendes que también una coartada puede destruirse?

—¡Estuve jugando! —chilló Renfrew—. ¡Vayan y pregúntenles! ¡Todos dirán lo mismo, capitán!

—Muy bien. Démoslo por sentado. Ahora, Andy, dime por qué no te presentaste cuando se dio la noticia de la muerte de Susan.

El muchacho se encogió de hombros.

—¿Para qué? —dijo con amargura—. Llevábamos dos años casados. El último había sido un infierno para mí. Vivíamos separados… Ella decía que el matrimonio la perjudicaría en su carrera. —Soltó una estridente carcajada—. ¡Carrera, bah! ¡Tenía ya veintitrés años más bien corridos y la actriz que lo es de veras ya destaca antes de los veinte! ¡Ella no hubiese podido pasar nunca de segundos papeles y eso en ciudades como ésta, nunca en un Nueva York o San Francisco! Pero era así, obstinada, egoísta…

—Y casquivana —dijo Lomas.

Renfrew apretó los labios.

—Prefiero no contestar, sobre ese tema —gruñó.

—Pues tendrías que decirnos algo, Andy —aconsejó el capitán —. ¿Qué sabes de sus… devaneos?

—¿Saber? Si vivíamos separados por culpa del maldito teatro, ¿cómo quiere que esté enterado de lo que hacía en sus veinticuatro horas diarias libres de mí? —Renfrew montó una pierna sobre la otra—. ¿No tienen un cigarrillo?

Ormsby hizo una seña. Lomas entregó un cigarrillo al joven y luego se lo encendió.

—Bueno —insistió el joven—, hablábamos de los devaneos de Susan.

Renfrew le miró fijamente.

—En todo caso, habría sido con un hombre de dinero. Sí —sonrió sarcásticamente—; era dura, egoísta… y muy aficionada a todo lo que el dinero podría proporcionarle.

—Quizá puedas citarnos un nombre, Andy.

—Había un tal Clancey entre los compañeros de Susan. Es hombre de grandes posibilidades. Si no era con ése, con ninguno; ella no se dejaba seducir solo por un hombre apuesto… Salvo en mi caso, porque la pesqué en un cuarto de hora tonto, que ya no volvió a tener más.

Ormsby se sorprendió.

—De modo que Clancey es rico —dijo—. Entonces, ¿por qué acudía a las clases de Scrimer?

—Porque iba Susan —rió Renfrew—. Si Susan se hubiese matriculado en una escuela del hogar, Clancey lo habría hecho.

El joven analizó durante unos momentos las respuestas de su prisionero. Luego, de repente, dijo:

—Enséñeme las manos, Andy.

Renfrew obedeció. Estaban limpias, sin anillos.

—Perdí el de la boda esa noche, en la partida de póker —dijo con desfachatez—. Me limpiaron.

Ormsby metió la mano en el cajón y extrajo un objeto que enseñó al muchacho.

—Era de Susan. ¿Lo quieres?

—¿Yo? ¿Esa porquería? ¡Tírelo por el sumidero!

Ormsby guardó el anillo en el cajón.

—Muy bien, Andy —dijo—. Ahora, un taquígrafo, delante del

sargento Lomas, tomará tu declaración. Repetirás todo cuanto has dicho y firmarás una vez que la declaración haya sido puesta en limpio. Después, podrás irte.

—¿Cómo? ¿No me detiene? —se sorprendió el muchacho.

—Por el momento, prefiero dejarte libre, aunque puedo acusarte de haber agredido a la autoridad y usado arma sin licencia. Así que pórtate bien o de lo contrario te verás metido en un verdadero lío.

Renfrew le miró con suspicacia.

—Usted lo que quiere es que yo le sirva de cebo… O que vaya por ahí, seguido a todas partes por un polizonte, para ver qué errores cometo y entonces echarme el guante, acusado de la muerte de Susan.

—Tal vez sea como dices, Andy —contestó el joven, impasible.

* * *

La señora Strong salió al paso de Pearl Brisson con un periódico en la mano, cuando la muchacha cruzaba el pasillo en dirección al ascensor, para dirigirse al trabajo.

—¿Ha visto usted, señorita Brisson? —exclamó la mujer—. ¡Quién lo iba a decir!

Pearl se extrañó.

—¿Quién lo iba a decir… qué?

—Este muchacho —le enseñó una fotografía que traía el periódico en la primera plana—. ¡Cómo iba a suponer yo que fuese el esposo de la pobre Susan Calloway!

La muchacha examinó la fotografía y el pie de la misma. Frunció el ceño.

—No sabía que Susan estuviese casada —mintió.

—Yo tampoco —dijo la señora Strong—. Con la de veces que he visto a su esposo en este mismo edificio.

—¡Cómo! ¿Es que vivía aquí? —preguntó Pearl.

—Oh, no, en absoluto. Trabaja en unas grandes oficinas que casi ocupan todo el piso superior. Bueno, él no es un oficinista propiamente dicho, sino el mecánico que vigila las máquinas electrónicas calculadoras que usan en esa oficina. Creo que se dedican a hacer cálculos, pruebas y ensayos de costos para otras empresas, pero no me pregunte más. Y bueno, si le dijese yo lo que

organizan ahí arriba después de que todo el mundo se va…

—Orgías, supongo —sonrió Pearl, vivamente excitada en su interior.

—No de la clase que usted supone. —La señora Strong hizo un gesto sumamente significativo, frotándose el pulgar y el índice—. Juego, querida niña. Cuatro o cinco pájaros de cuenta… El esposo de la señora Roberts, que vive en el piso inferior, también era de la partida, hasta que su mujer se plantó y le dijo que podía elegir entre ella o las cartas…

Pero Susan ya no la escuchaba. Su mente trabajaba con gran actividad, tratando de hallar las debidas conexiones entre la noticia que acababa de recibir y la muerte de Susan Calloway.

A mediodía, mientras almorzaba con Ormsby, dijo:

—También desde el piso de arriba puede verse el estudio, capitán. Y lo que es más, pudo haber salido, abandonando la partida unos momentos fingiendo que iba al lavabo, cruzar la calle, llegar hasta la academia y matar a su mujer.

Ormsby se frotó la mandíbula.

—Es muy posible, en efecto. Le habría costado muy pocos minutos, no más de cinco. Haré comparar las balas que se encontraron en el cuerpo de Susan con las del revólver de Andy.

—¿Es eso sólo lo que se le ocurre? —preguntó ella.

—¿Qué más quiere que haga, Pearl?

—Pues ir a ver a Andy Renfrew e interrogarle acerca de su trabajo, de que podía ver lo que pasaba desde las ventanas de las oficinas, de la partida de póker… Saber que trabajaba en la casa situada frente al estudio de Scrimer introduce un nuevo elemento en el problema, ¿no le parece?

Ormsby se frotó la mandíbula. Sí, realmente, era un dato nuevo, del cual convenía extraer las pertinentes consecuencias.

—Muy bien, pero mientras tanto, ¿por qué no acabamos de comer? Andy no se nos va a escapar, digo yo.

—Como quiera, capitán —contestó ella—. Pero recuerde que he sido yo la que traje ese dato, y que me merezco una recompensa.

—¿Cuál? —sonrió él.

—Acompañarle a usted y presenciar el interrogatorio de Andy.

—El doctor Janswar se quejará de que ha contratado a un detective, en lugar de una enfermera —sonrió Ormsby.

—Esta tarde debe asistir a una importante conferencia y no tengo trabajo, de modo que puedo ir con usted perfectamente.

—¿Sabe lo que le digo, Pearl? Verá, de no haber sido por su oportuna llegada a la ciudad, muchas cosas se nos habrían pasado por alto. Incluso el asesino de Susan Calloway y de Gaston Hymes habría quedado en la impunidad.

—¡Pero si todavía no le ha detenido!

—Es cierto. Sin embargo, todo lo que sabemos gracias a usted, nos habría costado mucho más tiempo saberlo, y entonces, tal vez el asesino habría tenido tiempo de escapar. O de crearse unas defensas insalvables para nosotros.

—Si fue Renfrew, poca defensa puede tener —alegó Pearl. Se quedó pensativo unos momentos y luego dijo—: ¡Es curioso…!

—¿A qué llama usted curioso?

—Todos los hombres que conocieron a Susan Calloway la motejan de casquivana, coqueta, vana, egoísta, ansiosa de fama —y de dinero también—, acusaciones tal vez exageradas, aunque con un indudable fondo de verdad; pero sólo uno la defendió encarnizadamente.

—Jerry Clancey.

—Justamente. Me pregunto por qué lo haría.

—Dijo que la amaba apasionadamente, sin esperanzas, por lo que puede deducirse.

—Tal vez la idealizó en exceso. Le hubiese gustado que fuese una mujer buena, honesta, de grandes sentimientos, de carácter noble, y precisamente porque la amaba y ya estaba muerta, no quería que nadie echase barro sobre su figura.

—Don Quijote idealizó a su Dulcinea en una basta y zafia aldeana, y para él era la mujer más hermosa del mundo.

—Así debía ocurrirle a Clancey —convino la muchacha pensativamente.

—Entonces, por la misma razón, es el más sospechoso de todos.

Pearl se sorprendió.

—No entiendo, capitán.

—Pues es bien sencillo. Cuando un tipo, sobre todo de los años de Clancey, piensa de ese modo, su mente llega a perturbarse. Entonces, en el caso de Clancey, la mujer a quien amaba tenía todos los defectos y muy pocas, por no decir ninguna virtudes. El hubiese

querido que fuese la mujer perfecta y al no ser así, sabiendo, además, que no podía conseguir reformarla, la mató. Hay tipos de ese calibre, Pearl, créame.

Ella asintió con gesto preocupado.

—Es muy posible que así —sea— concordó.

Poco más tarde terminaron el almuerzo. Carroll Ormsby satisfizo la cuenta y a continuación se dirigió a la salida en compañía de la muchacha.

La primera sorpresa que recibieron, fue que Andy Renfrew no estaba en su lugar de trabajo.

—Dijo esta mañana que no se encontraba muy bien —les informó un empleado.

Los dos jóvenes se miraron con gesto sorprendido. De repente, Ormsby agarró por el brazo a Pearl y echó a correr.

—¡Vamos! —gritó—. Démonos prisa, antes de que sea demasiado tarde.

Montaron en el coche. Aunque no llevaba distintivos policiales, sí disponía de sirena y radioteléfono. La sirena les abrió paso y mientras conducía con una mano, Ormsby llamó a Lomas y le ordenó que acudiese urgentemente a casa de Andy Renfrew.

Pearl se sentía muy aprensiva.

—¿Cree que llegaremos a tiempo? —preguntó, interpretando también los temores del joven.

—Me gustaría tener esa suerte —contestó él sombríamente, pero sin apenas esperanzas en su interior.

Poco después llegaban a casa de Renfrew. El joven se lanzó escalera arriba, seguido por Pearl, aunque sacó a la muchacha una notable ventaja. Cuando llegó a la puerta, se dio cuenta vagamente de que alguien había reparado la cerradura estropeada el día anterior, acaso el propio Renfrew.

Llamó con grandes golpes.

—¡Andy, Andy! —gritó—. ¡Soy el capitán Ormsby! ¡Abra, pronto!

Ninguna respuesta les llegó del interior. Entonces, el joven tomó impulso y cargó contra la puerta, haciendo saltar la cerradura por segunda vez.

Apenas hubo franqueado en el umbral, vio que sus temores se habían confirmado.

Andy Renfrew yacía en el suelo, completamente inmóvil.

CAPÍTULO XII

Pearl Brisson reaccionó casi antes que Ormsby. Echándole a un lado, irrumpió en la habitación, se arrodilló junto al caído, y le puso una mano en el pecho. El cuello de Renfrew mostraba unas inconfundibles huellas violáceas, procedentes de los dedos de las manos que habían formado férreo cerco en torno a su garganta.

De pronto, Pearl lanzó una fuerte exclamación:

—¡Aún está vivo, capitán! ¡Corra, llame qué venga la ambulancia; es muy posible que podamos salvarle la vida!

Ormsby no se lo hizo de rogar dos veces. Dio media vuelta y salió disparado hacia su coche, en donde, por medio del radioteléfono pediría la ambulancia. Mientras tanto, Pearl hacía la respiración artificial al desvanecido Renfrew.

Cuando Ormsby regresó, se encontró con una escena singular.

Pearl estaba tendida sobre el caído, con su boca unida a la de Renfrew. La muchacha inspiraba con fuerza, llenándose los pulmones de aire y pasándolo luego, a través de la boca de Renfrew, a sus maltratados pulmones. Ormsby se arrodilló a un lado, contemplando los trabajos de la muchacha.

Pearl interrumpió su labor un segundo.

—Busque una toalla o un trapo y empapelo en agua, pronto.

El joven regresó momentos después con lo requerido. Pearl mojó abundantemente la cara de Renfrew, cuyos ojos continuaban pertinazmente cerrados. De pronto, el muchacho dejó escapar un suspiro y se agitó levemente.

Empezaron a oírse las sirenas.

Pearl miró a Ormsby con ojos brillantes.

—Se salvará —dijo.

—Gracias a usted y al «beso de la vida» que le ha aplicado —

elogió el joven—. A mí nunca se me hubiera ocurrido.

Sonaron pasos por la escalera.

—¿Sabe? —añadió el policía—. En estos momentos, siento una terrible envidia de Andy Renfrew.

Pearl se ruborizó intensamente, al comprender el significado de las palabras del joven. En aquel momento, Lomas y un par de hombres vestidos de blanco, penetraron en la habitación.

Dos horas más tarde, el médico de guardia del hospital dio permiso para que hablasen con Andy Renfrew. Ormsby, Pearl y Lomas penetraron en la habitación.

Renfrew estaba tendido en el lecho. Tenía la cara muy blanca y el cuello vendado.

—Fue Clancey —dijo, sin más preámbulos, apenas les vio cruzar el umbral.

—¿Le viste tú, Andy? —preguntó el joven, tuteándole.

—Como le estoy viendo a usted, capitán. No hay duda alguna.

Ormsby se volvió hacia Lomas.

—Búsquelo y llévelo a Jefatura.

—Bien, capitán.

El joven se enfrentó nuevamente con Andy.

—Cuéntame todo lo que pasó —dijo.

—Es sencillo de contar. Hoy no tenía ganas de ir a trabajar…

—¿Póker anoche?

—Bueno, tal vez —admitió Renfrew de mala gana.

—Muy bien. Sigue, Andy.

—Bueno, el caso es que estaba durmiendo y llamaron a la puerta. Fui a abrir y me encontré con Clancey. Dijo que quería hablar conmigo y acepté el diálogo. Me eché a un lado, cerré y… apenas lo había visto, se echó encima de mí. Quise defenderme, pero ya no podía hacer nada. El tipo empezó a apretar, apretar y… Bueno, ya no sé nada hasta que me desperté aquí.

Ormsby y la muchacha se miraron.

—Debió dejarlo por muerto —sugirió ella.

—Es lo más probable. Andy —exclamó Ormsby—, ¿estás dispuesto a acusar a Clancey?

—Tráigame un papel y una pluma y verá lo que escribo —contestó el muchacho con acento de ira.

Ormsby reflexionó unos momentos.

—Andy, en tu opinión, ¿por qué te atacó Clancey?

—¡Y qué sé yo! ¡Ese tipo debe estar loco, es todo lo que puedo decirle, capitán!

—¿No crees que él puede suponerte culpable de la muerte de Susan y que por eso trató de vengarla?

—A Susan también la estrangularon —alegó Renfrew—. Y ¿qué me dice de Gaston Hymes?

—¿Qué me dices tú de Gaston Hymes? —Repreguntó Ormsby.

Renfrew le miró con leve gesto de sorpresa.

—Nada. ¿Qué diablos quiere que le diga? Era feo y cojo. ¿Iba Susan a enamorarse de un tipo así?

—Ella, posiblemente, no; pero él sí estaba enamorado de Susan.

Renfrew quiso reír, pero el cuello le dolió.

—Entonces, Clancey ya puede salir a la calle e ir estrangulando a la gente a diestro y siniestro. ¿Quién, de entre todos los que la conocían, no estaba enamorado de ella? ¿Acaso ese tipo quería quedarse solo en el mundo para que Susan cayese en sus brazos?

—No, pero tal vez mataba a sus más directos rivales. Y convendrás conmigo que tú eras el más peligroso de todos, Andy.

—Yo lo único que sé es que ese tipo me dejó por muerto y que yo no le había hablado jamás.

—Entonces, ¿cómo sabes tantas cosas de él?

Renfrew desvió la mirada.

—Bueno, a veces, Susan y yo nos encontrábamos y teníamos nuestras conversaciones, claro.

—¿En el estudio? —preguntó Pearl de repente.

Ormsby miró a la muchacha, sorprendido de su sagacidad. Aquella posibilidad no se le había ocurrido a él.

—Vamos, contesta a la señorita Brisson, Andy —le apremió.

Renfrew desvió la mirada.

—Algunas veces, sí —confesó.

—¿También la noche, mejor dicho, la madrugada en que murió? —preguntó Ormsby.

—Pensaban encontrarse después de su partida de póker, ¿no es cierto? —exclamó Pearl.

—Y tú llegaste allí, la viste, empezasteis a discutir, y en el calor de la discusión, porque tú estabas harto ya de vivir separados, y además, sin posibilidades de reuniros de nuevo, porque ella se había

arrepentido ya del que tú mismo has llamado «cuarto de hora tonto» y quería seguir con su carrera por encima de todo, le diste muerte.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó Andy.

Las voces que dio le provocaron un agudo acceso de tos. Ormsby y Pearl tuvieron que esperar a que se le calmase.

—Ella estaba ya muerta cuando yo llegué —confesó Andy roncamente, hablando con ciertas dificultades—. Eran las cinco y cuarto, poco más o menos… La partida había acabado. Estaba sentada en el sillón. La llamé… No me contestó y cuando la toqué, cayó al suelo… Entonces vi los dos agujeros en su espalda… Aún estaba caliente, eso puedo jurarlo… Entonces, me espanté y escapó a todo correr. Perdí la cabeza y…

Andy tosió de nuevo.

—Eso es todo, capitán, se lo juro.

Ormsby reflexionó unos instantes.

—Cuando tú descubriste el cadáver, ¿sólo tenía los dos tiros en la espalda?

—Nada más, sólo los disparos.

—¿Ni señales de estrangulamiento ni de la cuchillada que le asestaron también?

—Yo sólo vi dos agujeros en la espalda y casi en el acto eché a correr.

—¿Dejándola caída en el suelo? —preguntó Pearl.

—Pues, sí… No se me ocurrió moverla, claro.

Pearl miró al joven.

—Ella fue encontrada sentada, capitán.

—Entonces, es que el asesino estaba adentro, escondido —apuntó el joven.

—O quizá Clancey llegó poco después y la estranguló.

—No. Eso no puede ser. Si estaba caída en el suelo, tuvo que verle las heridas causadas por los balazos. Entonces; carecería de lógica matar a una persona muerta.

—Bueno, tal vez la mató a tiros y luego, cuando se fue Andy, fingió el estrangulamiento. Y más tarde, le asestó la estocada, con lo cual pensaba confundirles a ustedes.

—Es posible —dijo Ormsby, acariciándose la mandíbula con gesto pensativo—. De todas formas, una conversación con Clancey

me aclarará muchas cosas que ahora se me aparecen oscuras. —Miró al muchacho—. De momento, Andy, quedarás en el hospital bajo vigilancia. Quiero tenerte seguro, ¿comprendes?

Renfrew se limitó a volver la cabeza a un lado, en silencio.

Poco más tarde, Ormsby dejaba a la muchacha a la puerta de su casa.

—Si me quedase tiempo hoy, le llamaría para cenar juntos, Pearl.

Ella sonrió.

—Hagamos un trato, capitán. Llámeme y entonces prepararé yo la cena en mi piso. ¿Le parece bien?

—Será una ocasión magnífica para comprobar si, además de buena enfermera, es también buena cocinera.

—Le aseguro que no quedará defraudado, capitán.

—Carroll, por favor —dijo él intencionadamente.

—Carroll, de acuerdo —sonrió la muchacha, despidiéndose de él.

El joven puso en marcha el coche. Dio la vuelta completa a la manzana del otro lado de la calle y se detuvo frente al edificio donde Scrimer tenía instalado su estudio de arte.

Momentos después estaba hablando con Scrimer.

—Sólo un par de preguntas rápidas, y enseguida le dejo que siga con sus clases —dijo.

—Muy bien, capitán. Venga a mi despacho —contestó el director de la academia.

Fumaron. Después de la primera bocanada, Ormsby inquirió:

—Señor Scrimer, sabemos que Susan Calloway estaba aquí a las cinco de la mañana, es decir, unos minutos antes. ¿Tenía ella una llave de la academia?

—Sí —contestó el sujeto sin vacilar.

—¿Por qué?

—No era sólo Susan la que tenía la llave, sino también algunos de mis alumnos más distinguidos. Lo hacía a fin de que ellos pudiesen venir, aunque yo no estuviese presente, para que estudiaran sus papeles con mayor comodidad. Algunos, en su casa, no disponen de sitio suficiente o bien son molestados por sus familiares, o también los hay que se sienten tímidos al ensayar sus papeles en lugares donde pueden ser vistos por extraños.

—Comprendo. Y dígame, además de Susan, ¿quiénes más tenían llave del estudio?

—Entre otros, Hymes, Clancey y Parron —respondió Scrimer sin vacilar.

—Lo cual significa que podían venir a cualquier hora.

—Exactamente.

Ormsby se puso en pie.

—Eso es todo, muchas gracias, señor Scrimer.

—No hay de qué, capitán. Ya sabe que yo sólo deseo que encuentren al asesino de Susan y que lo castiguen como es debido.

—Desde luego, pero ¿qué me dice usted de Gaston Hymes? ¿Quién y por qué lo mató?

—Tal vez conocía la identidad del asesino de Susan Calloway, ¿no le parece a usted, capitán?

Ormsby asintió con una sonrisa.

—En efecto, así parece que debió ser, señor Scrimer. Adiós y muchas gracias.

CAPÍTULO XIII

Carroll Ormsby contempló durante unos segundos al hombre que tenía al otro lado de la mesa y que, a su vez, le miraba con expresión entre especulativa e irónica.

Afuera estaban los periodistas. Había tenido que bregar duramente con ellos para poder entrar en su despacho. La noticia del arresto de Jerry Clancey se había extendido rápidamente y los «chicos de la Prensa» estaban impacientes por conocer más detalles del asesino.

—No está probado que fuese él —había dicho el joven—. Hay que demostrarlo antes de formular una acusación en regla.

Pero nadie le había creído y sabía que más de un periódico se apresuraría a lanzar una edición especial con la noticia. De todas formas, a él no le importaba gran cosa. Era Clancey quien le interesaba.

—Andy Renfrew le acusa de haber querido estrangularlo —dijo.

—Falso —protestó Clancey con relativa compostura.

—Renfrew le conoce. No hay dudas y ni siquiera estaba bebido.

—Llame a mi casa. Mis hermanos le dirán dónde estaba en ese momento, capitán.

—Enséñeme sus manos, señor Clancey.

El detenido obedeció.

—Son fuertes —comentó Ormsby—. Capaces de cortar una vida humana por estrangulación.

—Si usted lo dice… —contestó Clancey cortésmente.

—¿Por qué quiso asesinar a Renfrew?

—Ya le he dicho que yo no fui, capitán.

—Renfrew está dispuesto a jurarlo. Ése es un mal negocio para usted, señor Clancey.

El hombre del pelo casi blanco se encogió de hombros.

—Su palabra contra la mía, capitán. No hubo testigos del hecho.

—Luego, admite que quiso matarlo.

—No. He dicho, simplemente, que no hay testigos. Cuando quiero admitir una cosa, la digo claramente.

—A pesar de todo, el fiscal le procesará.

—Tendré que resignarme. Luego, cuando se demuestre mi inocencia, demandaré al Departamento de Policía.

—Estará en su derecho. Pero si demostramos que es culpable de dos muertes y de un intento de asesinato, se sentará en la silla eléctrica.

Clancey sonrió levemente.

—Tendrá que trotar mucho para demostrar usía cosa indemostrable, capitán.

—Somos tenaces, señor Clancey.

—Si me arrancan una confesión con malos tratos, la desmentiré en el juicio. Además, ¿sabe que puedo callarme hasta que venga mi abogado? ¿Me permite que le llame? —indicó el teléfono con la mano izquierda.

—No. Puedo retenerle hasta veinticuatro horas incomunicado. Espere hasta mañana a las cinco de la tarde, en que se cumplirán esas veinticuatro horas. Y mientras tanto, dígame, ¿por qué quiso asesinar a Renfrew?

Clancey hizo un gesto de cansancio.

—Ya le he dicho que yo no he asesinado a nadie, y mucho menos, he intentado hacerlo con ese caballero.

—Pero él le ha visto, no cabe la menor duda.

—Bueno, su palabra contra la mía —insistió el detenido—. ¿Por qué no llama a casa de mis hermanos?

—Porque no serían testigos imparciales, ni aunque, en lugar de exculparle, le acusaran. Usted estaba enamorado de Susan Calloway, ¿no es cierto?

—Ya dije que si la vez anterior, capitán.

—Y le molestaba que otros la amasen también.

El semblante de Clancey se envaró de pronto.

—Mis sentimientos son cosa mía, capitán —dijo hoscamente.

—No, cuando hay dos muertes de por medio —arguyó el joven —. Usted sostiene que Susan era una magnífica mujer, pero la

realidad demuestra todo lo contrario. Tal vez, al ver que el ídolo al que usted adoraba tenía los pies de barro, se derrumbó la fe que tenía puesta en él y por dicha razón la mató. De alguna manera, Hymes se enteró que usted la había asesinado, y para evitar que le delatase, —lo mató también.

Clancey sonrió desdeñosamente.

—Ahora dígame, capitán; ¿por qué iba a matar también a Andy Renfrew?

Ormsby adelantó el busto.

—Se lo diré con toda claridad, señor Clancey. Andy Renfrew fue el único, de entre todos ustedes, que consiguió, de una manera real, en todos los sentidos, el amor de Susan Calloway. Bien es cierto que a Susan se le pasó pronto aquel enamoramiento, aunque, quizá por capricho, por tener un hombre más sujeto a su volubilidad, continuaba casada con Renfrew. Pero a usted se le hizo insoportable la idea de que siguiera viviendo el hombre que había conseguido el amor de Susan y por dicha razón trató de matarlo. En realidad, creyó que lo había hecho, aunque, afortunadamente, llegamos a tiempo de salvarle.

—Unos motivos muy complicados, ¿no cree, capitán?

—Todos los motivos de los enamorados, en el fondo, lo son. Y si no, dígame, ¿por qué un hombre de su condición económica tenía que estudiar arte teatral? Si Susan hubiera sido campeona de esquí, usted la hubiese seguido también a todos los centros invernales, ¿no es cierto?

El cuerpo de Clancey se envaró en el sillón.

—Eso no demuestra que yo la matase, capitán.

Ormsby no se amilanó.

—Tres hombres fingieron la víspera de la muerte real de Susan, matarla por tres medios distintos. Luego, usted, a fin de complicar a los otros, aunque se complicase a sí mismo, pero, a la vez, para despistar a la policía, la mató tres veces. Tiros por la espalda, estrangulamiento y estocada. Disparó contra Susan primero y la dejó sentada en el sillón. Media hora más tarde estranguló su cadáver y treinta minutos después, le asestó una estocada, con el mismo bastón de Hymes. O quizá con uno idéntico. ¿Qué supondríamos nosotros, al encontrarnos el cuerpo de Susan muerto de tres maneras distintas? Se lo diré, señor Clancey. Creeríamos que

Parron la había matado primero, dejándola sentada en la oscuridad; que usted llegó y, encontrándola sentada en el sillón, la estranguló y que luego Hymes vino también y la acuchilló. De los tres, sólo uno podía ser culpable, Parron, puesto que a los demás no se les podía acusar de asesinato, por haber matado a una muerta, ¿comprende? Pero en realidad, sólo hubo un asesino. Confiéselo de una vez, Clancey.

El detenido escuchó las palabras de Ormsby sin pestañear.

—Negaré siempre, siempre —afirmó rotundamente.

—Muy bien. Volveré a interrogarle. Acabará por confesar, se lo aseguro. La declaración de Renfrew, a estos efectos, será contundente.

Clancey se encogió de hombros.

—Correrá usted un ridículo espantoso, capitán.

—Me arriesgaré —respondió el joven—. Me gustaría saber qué dijo Susan la víspera de su muerte, cuando estaba brindando con todos ustedes por el feliz resultado de los ensayos de su propio asesinato. ¿Les felicitó por lo bien que lo habían hecho?

—Creo que se equivoca, capitán —dijo Clancey—. Yo no ensayé la muerte de Susan Calloway. Llegué al estudio unos minutos después, cuando los ensayos habían terminado ya.

Al oír aquellas palabras, Carroll Ormsby se quedó con la boca abierta de par en par.

* * *

Sentada en un sillón, junto a la ventana, Pearl Brisson se sentía considerablemente defraudada. Carroll Ormsby no la había llamado para cenar.

Se dijo que tal vez habría tenido mucho trabajo con Clancey. Era lógico, por lo que debía esforzarse por soportar con ecuanimidad la ausencia del joven. Sin embargo, le habría gustado que Carroll hubiese acudido a cenar; de este modo, podrían haber hablado exactamente del tema que tanto les preocupaba… y de otros menos desagradables, y quizá, más personales.

Suspiró, mientras, en la oscuridad, contemplaba la ventana del estudio. Días antes había visto representar la muerte de una mujer… muerte que se había realizado pocas horas más tarde. Una

mujer joven, hermosa y con un radiante porvenir, se había convertida en unos instantes en un montón de carne yerta y fría.

Extraños resultados los de la muerte de Susan Calloway, se dijo. Una serie de cosas raras hablan, visto la luz; había sucedido de la misma forma que cuando una persona, con un palo, remueve el fondo de una charca aparentemente limpia. Entonces, el fango se agita y enturbia la trasparencia de las aguas.

Tres hombres la habían matado teóricamente, pero tal vez sólo uno había sido el criminal auténtico. Tiros, estrangulamiento y estocada.

Se preguntó por qué, en caso de que hubiese sido uno solo el autor de la muerte de Susan, había invertido el orden de las muertes ensayadas la víspera. Lo lógico hubiera sido empezar por la estocada, pero no; los disparos habían ido en primer lugar.

¿Qué motivos había para un trastrueque semejante?

Dos disparos en la espalda, se repitió.

De pronto, creyó comprenderlo.

Si el asesino había sido uno y quería engañar a la policía, haciéndole creer que eran tres, resultaba lógico que hubiese empezado primero por los disparos.

«Supongamos —se dijo— que yo soy el policía encargado de la investigación y creo en la existencia de tres asesinos sucesivos. Era de noche y el segundo, Clancey, hubiese actuado en la oscuridad, una oscuridad relativa, porque algo de luz penetraba por la ventana, proveniente del alumbrado público. Pero esa luz no habría sido suficiente para descubrir que Susan estaba ya muerta, sino que le hubiese parecido que cansada de esperar al que fuese —a Andy Renfrew, en este caso—, se había dormido en el sillón. Entonces, sin despertarla, le hubiese aplicado las manos al cuello y… La poca luz que penetraba de la calle hubiese permitido, sin embargo, ver la sangre derramada por la estocada, de haberse asestado ésta en primer lugar, ya que era dirigida al corazón. Pero la sangre de los disparos en la espalda no se había visto, como no se veía en efecto. Así, el supuesto segundo asesino, Jerry Clancey, le hubiese aplicado las manos al cuello, creyéndola aún viva, pero dormida…».

Repitió la frase mentalmente dos o tres veces más. ¿Qué encontraba ella raro en aquellas pocas palabras? Le hubiese aplicado las manos al cuello…

De repente, algo chispeó en su mente. Recordó la noche en que vio una lámpara portátil oscilando por el interior del estudio.

¡Ahora ya sabía qué buscaba el asesino!

CAPÍTULO XIV

Cuando cruzó la calle, las luces del estudio seguían apagadas.

En los últimos días, después de la muerte de Susan Calloway, las clases habían estado notablemente desorganizadas —ella había tenido ocasión sobrada de verlo desde su ventana—. Casi lo más exacto hubiera sido decir que Scrimer apenas había hecho ningún ensayo con los alumnos. Por lo tanto, no resultaba extraño que a una hora tan relativamente temprana —todo el mundo estaba cenando en sus casas— no hubiese ya nadie en la academia.

Subió al consultorio, abrió y como la vea anterior, se dirigió al cuarto de baño, por medio del cual pasó al de la academia. Una vez dentro, se detuvo a escuchar.

Se dijo que había obrado un tanto precipitadamente, que debía haber avisado a Ormsby, que para lo que iba a buscar no corría tanta prisa… Pero ya no se podía volver atrás. Puesto que ya se hallaba en el piso del estudio, despacharía cuanto antes, regresaría por el mismo camino y…

Avanzó casi a tientas y abrió sólo una rendija de la puerta del despacho de Scrimer. El silencio en el estudio era absoluto; apenas si llegaban los ruidos de la calle.

No quiso encender la luz; no sentía el menor deseo de ser sorprendida ni, cuando llegase a la sala de ensayos, ser contemplada por alguno de los curiosos de la casa de enfrente, donde ella vivía. Atravesó el despacho, pisando sin hacer ruido, y paseó su vista por la sala de ensayos.

Estaba a oscuras. Las luces de la calle penetraban a través de la ventana y se proyectaban hacia el techo, donde formaban una figura geométrica de luz blanco azulada muy difusa y de forma trapezoidal. El techo reflejaba parcialmente la luz que recibía y

proporcionaba un tenue resplandor al salón.

En el edificio frontero, en la parte baja, había un bar, cuyo anuncio de neón rojo se encendía y apagaba con periódicas intermitencias. Entonces, el cuadrado irregular del techo tomaba una fosforescencia encarnada, muy acentuada, casi violeta, al mezclarse el resplandor del neón con el del mercurio vaporizado de las lámparas de la calle.

El sillón estaba casi en el centro, en el mismo lugar donde Susan Calloway había muerto asesinada. Se imaginó a la caprichosa muchacha aguardando a su esposo, esperando a que Andy terminase su partida de cartas. Si Susan quería guardar el secreto de su matrimonio, aquel lugar y aquella hora eran los mejores para entrevistarse sin ser advertidos.

Pero, posiblemente, el asesino conocía tales entrevistas. Y debía haber madurado su crimen a lo largo de los meses, esperando a que los dos esposos se entrevistasen. Ahora bien, se preguntó, ¿cómo había sabido el asesino que Andy y Susan tenían que encontrarse?

No era presumible un largo y cotidiano espionaje a unas horas tan incómodas. Con toda seguridad, siguió sus razonamientos, el asesino había ido a tiro hecho, sabiendo que Susan iba a estar en el estudio y que su esposo iba a llegar poco después. Entonces, anticipándose a Renfrew, le había dejado allí aquella macabra sorpresa.

Pero el asesino había cometido un error, un tremendo error. Había querido achacar la culpa a otro, y después de cometido su crimen, se había percatado del error. Por dicha razón, había vuelto a la noche siguiente a buscar el objeto que se había olvidado.

¿Lo habría encontrado?, se preguntó Pearl. En tal caso, su esfuerzo habría resultado inútil. Pero, aun en tal caso, la policía, Carroll Ormsby, podrían hacer alto por detenerse y formular una acusación en toda regla.

Llegó al sillón. Era cómodo, pero barato, forrado, no del paño propio de una tapicería, sino de plástico, por lo cual, había bastado luego un paño humedecido con agua y algo de detergente, para lavar las manchas de sangre de la espalda de Susan Calloway. Se arrodilló y empezó a buscar, tanteando las junturas del tapizado, particularmente en los puntos de unión del asiento con el respaldo.

Al fin encontró el objeto que tanto buscaba. Un gran suspiro de

alivio se escapó de sus labios. La piedra amarilla del anillo del asesino emitió un destello sangriento cuando el neón rojo del bar de enfrente centelleó rápidamente.

Se puso en pie, contemplando la joya artificial. De pronto, una mano masculina pasó por detrás de su brazo y le quitó el anillo, al mismo tiempo que sonaba una voz:

—Un millón de gracias por su amabilidad, señorita Brisson. Confieso que yo también busqué el anillo, aunque en vano; francamente, jamás se me habría ocurrido mirar en el sitio que usted lo ha hecho.

Sonó una risita de trémolos estremecedores. Pearl sintió que se le cortaba la respiración.

—La intuición femenina —siguió el asesino— suele ser un recurso maravilloso para adivinar según qué cosas, pero ¿se atrevería usted a profetizar lo que le va a ocurrir dentro de unos segundos, señorita Brisson?

* * *

Carroll Ormsby apretó el timbre y esperó unos segundos.

Había hablado con Andy Renfrew nuevamente; después había ido a visitar a Mike Parron, todo ello, una vez hubo terminado de interrogar a Clancey. Pero antes de abandonar la Jefatura había releído todos los informes del caso e incluso formulado unas cuantas preguntas al doctor Misch. Ahora, antes de decidirse a actuar, quería hacerle también un par de preguntas a la muchacha, relacionadas con el ataque de que había sido objeto Andy Renfrew.

—Es extraño —murmuró, observando la tardanza de la muchacha en abrirle. Y volvió a presionar el botón de llamada.

Frunció el ceño al darse cuenta de la persistencia del silencio. Estaba seguro de que Pearl debía hallarse aún en casa. La muchacha habría esperado su llamada, aunque en vano, pero por la misma razón, no se habría movido del apartamiento. ¿Qué hacía para no contestarle?

Consultó su reloj de pulsera. Aún no eran las nueve de la noche. Por lo tanto, Pearl debía hallarse aún en pie.

Resuelto a todo, asió el pomo y lo hizo girar. Entró en el piso.

El silencio persistía. Ormsby dio la luz.

Avanzó hacia la salita. Entró en el dormitorio. Los detalles que observó le dijeron que Pearl había salido precipitadamente.

¿A dónde había ido tan aprisa? ¿Alguna llamada del doctor Janswar?

La especialidad de su amigo no eran las urgencias. Janswar era principalmente analista. No parecía lógico que Pearl hubiese echado a correr por una llamada urgente.

Volvió al saloncito. Entonces divisó los prismáticos de teatro sobre el asiento del sillón que había ocupado la muchacha junto a la ventana.

Una súbita sospecha invadió su ánimo. Buscó el interruptor y apagó las luces, sumiendo la estancia en la oscuridad. Tomó los prismáticos y miró hacia la casa de enfrente.

Esperó unos segundos a que sus pupilas se hubiesen acostumbrado a la penumbra. El aumento del aparato óptico le permitió ver parcialmente algo de lo que sucedía en el estudio.

Un ramalazo de luz cárdena penetró de súbito a través de la ventana en el salón de ensayos. Ormsby divisó dos siluetas casi juntas.

En la décima de segundo que duró el fogonazo rojo pudo distinguir una silueta femenina. Indudablemente, era Pearl. La otra persona que estaba con la muchacha no podía ser otro que el asesino.

El neón destelló de nuevo. Entonces Ormsby distinguió el brillo de un objeto metálico y alargado, un puñal o cuchillo, sin duda alguna.

Tiró los prismáticos sobre el sillón y se lanzó a todo correr hacia la salida. Si se daba prisa, quizá pudiera llegar a tiempo para salvar a la muchacha de la furia del asesino.

* * *

Pearl Brisson se volvió. El destello rojo, casi violáceo, del neón del bar, iluminó con lívidos resplandores el rostro del asesino.

Instintivamente, retrocedió un paso. El asesino no estaba armado, en apariencia, pero aunque sólo usara las manos, ella era una débil mujer y sucumbiría, como ya había sucumbido Susan Calloway.

—¿No me contesta nada, señorita Brisson? —dijo Néstor Scrimer.

Pearl intentó recobrarse. Tal vez consiguiera escapar. Su imaginación funcionó activamente. Tenía que distraer al asesino, dar tiempo a que llegase alguien… Llamar la atención. ¡Si pudiese lanzar un objeto contra el cristal de la ventana…! El estrépito, entonces… Pero se acordó de que no había oído los disparos; para insonorización y acondicionamiento del local, el cristal era doble. Quizá resistiese su intento.

—No tengo nada que decirle, excepto que si me mata, tendrá que responder de un nuevo crimen, señor Scrimer —dijo al cabo.

—¿Y quién se enterará? —rió el asesino siniestramente.

—El capitán Ormsby…

—El cual, en estos momentos, no sabe que se encuentra usted aquí. Ni nadie, señorita Brisson. Usted y yo solos aquí… y nadie más. Mañana aparecerá muerta y… Una buena noticia para los periódicos, indudablemente.

—Es posible —convino Pearl, sintiendo que su valor volvía poco a poco. Movió ligeramente ambas manos, asiendo el bolso con fuerza—. Pero tarde o temprano le atraparán. El capitán Ormsby no es tonto.

—Yo tampoco —fanfarroneó Scrimer—. Y ¿sabe?, la he estado; observando a usted muchas veces. Usted miraba mucho mi estudio desde su ventana. Yo también la miraba a usted y me daba cuenta del espionaje de que era objeto. Sabía que un día u otro vendría. Todo era cuestión de tener paciencia.

—Hasta que he venido a buscar el anillo que usted se quitó para estrangular el cadáver de Susan Calloway y hacer que, de este modo, su propio esposo cargase con las culpas. ¿Qué más lógico que un hombre ofendido por la conducta casquivana de su esposa se tome la justicia por su mano? ¿No es así como razonó usted?

—Su clarividencia me admira —sonrió Scrimer.

Animada, la muchacha continuó:

—Planeó usted el crimen con un exceso de inteligencia. Aparentemente, podría haber sido cometido por cualquiera de los otros tres pretendientes de Susan, pero, finalmente, la policía llegaría a la conclusión de que había sido Andy Renfrew, porque Andy Renfrew no usaba el anillo clásico de su escuela, cuya huella,

a pesar de los veinte o treinta minutos transcurridos desde el fallecimiento de Susan, habría quedado impresa en la garganta. Usted se lo quitó, pero lo perdió… Acaso por echárselo mal al bolsillo en el momento de fingir el estrangulamiento de Susan, quien ya estaba muerta por haber recibido los dos disparos fatales. Esa huella del anillo, en cambio, aparecía en la garganta de Andy Renfrew cuando usted, disfrazado de Jerry Clancey, lo dejó por muerto. No podía usar un arma de fuego, por no alarmar a la vecindad; ni tampoco disponía ya del bastón estoque de Hymes. Usó las manos y dejó al muchacho por muerto, aunque conseguimos volverle a la vida. ¿Qué le pasaba con Andy? ¿Acaso, como Hymes, sabía que usted era el asesino y pretendía extorsionarle? ¿Encargó un segundo anillo al ver que había perdido el primero?

—Admitámoslo —contestó Scrimer con frío cinismo.

—Y quiso complicar a Clancey disfrazándose como él, ¿no es cierto?

—Si lo sabe, ¿por qué lo pregunta?

—Curiosidad, mera curiosidad —respondió Pearl—. Pero, dígame, ¿por qué mató a Susan Calloway?

El semblante del asesino se endureció.

—Quería dejarme —dijo con voz ronca—. El trato que hicimos era que cuando yo la considerase suficientemente preparada, sería su agente y director artístico. Ella tenía más pretensiones. Era una mujer egoísta, cínica, despiadada; dijo que estaba en tratos para hacerse representar por un importante agente de Nueva York. ¿Iba yo a consentir que un extraño se aprovechase de mi obra, de la estatua que yo había esculpido partiendo de un informe bloque de mármol?

—Y además, estaba enamorado de ella.

Scrimer guardó silencio.

—Acabemos —exclamó de pronto—. Todo esto no conduce más que perder tiempo. Quiero irme de aquí.

En aquel momento, la muchacha sacó la mano del bolso y enseñó el escalpelo con el que había abierto la ventana del cuarto de aseo.

—Si da un solo paso más —dijo truculentamente—, le degüello, señor Scrimer. Esto que tengo es un escalpelo de cirujano y corta un cabello en el aire. Entrará en su carne con más facilidad que un

cuchillo caliente en la manteca, ¿me comprende usted?

Scrimer respingó.

Pearl se animó y sonrió:

—No se esperaba usted eso, ¿verdad? —dijo—. Bueno, ahora llamaré a la policía. El capitán Ormsby se encargará de usted, se lo aseguro.

Scrimer dio un paso hacia adelante. Pearl alargó el brazo con gesto brusco y el asesino se vio obligado a dar un salto en sentido inverso, para evitar que el escalpelo le cortase la mejilla.

—A mí no me atrapará usted —dijo decididamente, haciéndole retroceder aún más, con la punta del escalpelo dirigida hacia su rostro—. Camine hacia el bar; allí está el teléfono.

El siguiente relámpago del neón iluminó un rostro deformado por una furia satánica. No era ya la cólera de saberse descubierto, sino también la de verse vencido por una mujer, a la cual había esperado vencer con toda facilidad.

Rechinando los dientes, se acercó al bar. Pearl caminó paralelamente a él, sin dejar de mantener el brazo alargado.

Alcanzaron el teléfono. Pearl bajó el brazo izquierdo y dejó que el bolso resbalase hasta el suelo. Volvió a levantarlo y sin quitar la vista de Scrimer, tanteó para asir el auricular.

Falló. Instintivamente, volvió los ojos, a fin de realizar la operación sin error. Scrimer se percató del detalle y lanzando un rugido de ira se abalanzó hacia la muchacha.

Pearl gritó cuando el asesino, de un manotazo, envió el escalpelo a media docena de pasos de distancia. Quiso escapar, pero las manos de Scrimer se cerraron en torno a su garganta.

Repentinamente, sonó una voz de tonos intimidatorios.

—¡Scrimer, suelte a esa mujer o le mato a tiros!

El asesino obedeció en el acto, quedándose completamente inmóvil. Pearl dio un salto y se apartó de la vecindad de Scrimer.

—¡Carroll! —gritó.

—Hola, Pearl —contestó el policía—. Apártese a un lado, no quiero tener que herirla.

—Muy bien, como diga, Carroll.

Hubo una pausa de silencio. Scrimer había quedado con los brazos levantados, junto al bar. Ormsby estaba a dos o tres pasos de distancia, a su espalda.

—Esto se ha terminado, Scrimer —dijo.

El asesino permanecía mudo, En vista de ello, Ormsby prosiguió:

—He vuelto a hablar con todos los sospechosos: Parron, Renfrew y Clancey. Éste me ha suministrado un detalle muy importante, en el que yo no había reparado siquiera. Se lo diré, Scrimer. La noche en que se fingió la muerte de Susan Calloway, Clancey no estaba aún presente cuando le tocaba actuar. Usted ocupó su puesto y, para hacerlo con más propiedad y también para demostrar a sus alumnos sus grandes dotes de actor, tomó su misma apariencia… El aspecto idéntico que empleó para hacer, creer a Renfrew que había sido Clancey, el mayor enamorado de Susan Calloway, el que había ido a matarlo… Y también, por si era visto, que identificasen a Clancey como el asesino de Andy, ¿no es así?

—Usted se lo dice todo, capitán —gruñó Scrimer hoscamente.

—Fue usted listo, endiabladamente listo. Preparó la muerte de Susan de tal modo que todo el mundo creyese que Susan había sido muerta, sucesivamente, por tres enamorados más conspicuos. Tan hábil fue, que preparó el papel secante y luego dejó una supuesta carta de Susan en la mesilla de su habitación. Éstos eran indicios que nosotros encontraríamos indefectiblemente y que nos harían caer sobre Renfrew. Por un momento, creyó que su plan había tenido éxito, pero cuando solté a Andy, usted comprendió el gravísimo peligro que corría porque sabía que el muchacho acabaría por darse cuenta de la verdadera identidad del asesino. Entonces fue cuando se le ocurrid disfrazarse de Clancey para matarlo. Y, posiblemente, Andy hubiese terminado por morir, de no haber sido por nuestra oportuna llegada. ¿Qué le parecen mis argumentos?

—Prueban su excepcional aptitud para emplear el sistema deductivo, capitán —comentó Scrimer—. Pero ello no es síntoma de que me hayan atrapado todavía.

Bruscamente, agarró el teléfono y volviéndose con centelleante rapidez, lo arrojó a la cara del joven.

Ormsby apenas si tuvo tiempo de ladearse ligeramente. El pesado aparato le golpeó en el hombro derecho, derribándole a medias, y el revólver se escapó de sus manos.

Pearl gritó cuando vio que Scrimer escapaba a todo correr hacia la puerta de salida. Ormsby se puso en pie y recogió el revólver,

aunque tuvo que agarrarse el hombro alcanzado con la mano del lado opuesto.

—¡Quédese aquí! —gritó a la muchacha, mientras salía en persecución del asesino.

Sabía el camino que Scrimer iba a seguir. Lomas se la había indicado, la noche en que Pearl vio el centelleo de la linterna.

Se lanzó escaleras arriba, tras las huellas de Scrimer. El ruido de sus pasos le guió.

Scrimer trepaba la escalera a grandes zancadas. Pero Ormsby no se quedaba atrás.

El asesino ganó por fin la puerta de salida a la azotea. Tenía llave por dentro; hízola girar y la arrancó, tirándola luego a lo lejos.

Ormsby no se entretuvo en forzar la puerta con un hombro que tenía resentido; disparó dos veces y la cerradura saltó. Pegó un puntapié y el paso quedó franco.

—¡Alto! ¡Deténgase! —gritó a la silueta que se disponía en aquel instante a saltar a la azotea contigua.

Scrimer estaba ya en pie sobre el borde del parapeto, tomando impulso para consumar el salto. Deteniéndose un instante, Ormsby tomó puntería.

No quería matarle, ni tan siquiera herirle; sabía que no tenía escapatoria y que, tarde o temprano, en el peor de los casos, acabaría por caer en manos de la policía. Pero ansiaba terminar el caso cuanto antes.

La bala pegó en el borde del parapeto, al lado del pie derecho de Scrimer, y rebotó con agudo chillido. En aquel instante, Scrimer se disponía a saltar.

La detonación y el subsiguiente maullido del proyectil le sobresaltaron. Vaciló una fracción de segundo, momentáneamente irresoluto.

Pero su cuerpo ya se lanzaba hacia adelante, siguiendo el primer impulso. La indecisión que tuvo tras el disparo le hizo perder fuerza.

Se tambaleó, alargando patéticamente las manos hacia el parapeto de la azotea contigua. Un infrahumano alarido se escapó de sus labios al comprender lo irremediable de su suerte.

Cayó. Su cuerpo describió una parábola y chocó contra la pared de la casa vecina, rebotando a continuación hacia atrás. El alarido

que había lanzado en un principio descendió rapidísimamente con él. Un segundo después ascendió el horripilante estruendo de un cuerpo al estrellarse contra el suelo de cemento del patio interior de las casas.

Epílogo

Los camilleros salieron con su fúnebre carga.

En la calle, los curiosos se agolpaban, presenciando la escena. Lomas y sus hombres los mantenían a raya.

Pearl se estremeció. La muerte le era familiar por su profesión, pero no bajo aquellas circunstancias.

—Lo que no me explico es —dijo lentamente— cómo supo que Susan y Andy se reunían en el estudio.

Carroll Ormsby sonrió.

—Era un habitual de la partida de póker de Andy. Y Gaston Hymes también. Ambos —Scrimer y Hymes—, habían podido darse cuenta de las entrevistas secretas de los dos esposos. Pero aunque Hymes, pese a estar enamorado de Susan, se lo había tomado con más filosofía; Scrimer no lo podía resistir. Y, supongo, cuando ella le dijo que iba a contratarse con otro agente teatral, sus sentimientos hicieron explosión y preparó el crimen.

—Es verdad, así tuvo que ocurrir —reconoció Pearl—. Ciertamente, no deja de ser sorprendente que los tres hombres fuesen «puntos», con otros de una misma partida. De todas formas, ¿cómo podría saber él la noche exacta de la última reunión de Andy y Susan? Porque una cosa hay evidente y es que Scrimer llegó al estudio antes que Andy y la asesinó para que el muchacho la encontrase ya muerta.

Ormsby meneó la cabeza.

—No puedo afirmar nada. Sin embargo, conociéndolos a ambos, es fácil imaginarse una hipótesis. Los acontecimientos externos presionan sobre el jugador de póker. Lógicamente, cabe pensar que Andy se mostrase aquella noche más nervioso que nunca. Buen observador, como director de una escuela artística, Scrimer especuló —y acertó— con la reunión de los dos esposos aquella misma noche. Se despidió unos minutos antes y…

Pearl suspiró.

—Sí, el resto ya es sabido, Carroll. Bueno —los grupos de gente, ida ya la ambulancia, empezaban a disolverse—, es hora de regresar a casita.

—Aguarde un momento —dijo él—. ¿Qué hay de la cena que me prometió?

—Mañana, si le parece bien —contestó la muchacha con ojos brillantes—. Soy buena cocinera, se lo advierto.

—Está bien, formule un menú.

Pearl meditó unos segundos.

—Consomé, ensaladilla, puré de patatas, pollo al horno…

—Oiga —preguntó él con cierta aprensión—, ¿con qué piensa trinchar el pollo? No usará ese escalpelo que tanto corta, ¿verdad?

Pearl se echó a reír.

—Emplearemos los dedos, al estilo de la Edad de Piedra; así no tendrá motivos de sentirse aprensivo.

—Eso ya está mejor. El menú me gusta. ¿No dicen que, para una mujer, el camino del corazón de un hombre pasa por su estómago?

—Eh, eh —protestó ella de buen humor—, si me sigue formulando esa clase de indirectas, le serviré sólo un trozo de pan con bicarbonato.

Carroll tomó su brazo para ayudarla a cruzar la calle.

—Acudiré a las siete y media en punto, Pearl —prometió—. Y si mis cálculos no fallan, dentro de poco, mi amigo el doctor Janswar pondrá un anuncio solicitando una nueva enfermera.

Hizo una pausa.

—Y al mismo tiempo —añadió— se producirá una baja en el Departamento de Policía de la ciudad.

—¿Qué? —se sorprendió ella—. ¿Es que piensa dejar el empleo?

—No. La que va a dejar de ser policía es usted. Ama de casa… y ya es suficiente, ¿no te parece, Pearl?

La muchacha sonrió muy complacida.

—Es una perspectiva muy agradable, Carroll —contestó.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.